

LAS JOYAS SAGRADAS

M. L. Estefania



¡Mil muertes eran preferibles a ser capturados!



M. L. ESTEFANIA

Las joyas sagradas

1.ª EDICIÓN
NOVEMBRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

96. — Cachorro de pistolero. 91. — Jonnhy Richmond. 122. — Pueblo de ventajistas. 148. — El pistolero del Sudoeste. 151. — Seis cartuchos. 161. — Nido de *gun-men*. 165. — El imperio del «Colt».

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

LAS JOYAS SAGRADAS

por M. L. Estefanía



PRÓLOGO

La Etnografía es una de las ciencias más jóvenes si se le considera de modo independiente y específico, dentro de la metodología y tan antigua como la propia Humanidad en lo que se refiere al conocimiento de pueblos y países extraños, gracias a las relaciones pacíficas u hostiles entre estos.

Las tribus navegantes, en sus excursiones a los más lejanos países conocidos por ellas, hacían observaciones de lo visitado, mucho antes que Aristeas César, Tácito, Strabon y el mismo Heródoto, aunque no supieran transcribir como estos, lo que veían, para conocimiento de los demás.

El estudio de las razas, iba unido en la Antigüedad, a la Historia y a la Geografía y se ha ido separando de ellas de un modo paulatino, hasta independizarse por completo, tal y como existe en nuestros días.

Strabon, que fue el primero que estudió la influencia del ambiente geográfico, llegó a la conclusión de que estos factores no son, forzosamente, creadores de cultura.

Son los misioneros los que, en la Edad Media, dan noticias de pueblos lejanos. El conocimiento de muy diversos pueblos africanos y asiáticos, se inició mucho antes de la aparición de Mahoma.

Los franciscanos Carpini y Ruysbroock, en el siglo XIII, nos informan de tártaros y mongoles y el último amplía estas noticias sobre los chinos, antes de que Marco Polo nos los diera a conocer.

Y en lo que se refiere al África Oriental, que es lo que ahora nos interesa, su descubrimiento no empieza de una manera cierta hasta mediado el siglo pasado.

Los árabes que llegaron después del nacimiento del Islam y los portugueses del siglo XV no pasaron de la costa.

En las segundas invasiones, a partir del XVII, tampoco fue mucho lo que se avanzó hacia el interior del vasto país. Dedicados estos árabes al comercio casi exclusivo de esclavos y marfil, no pasaron del establecimiento de unas factorías, por las rutas tradicionales del Tanganika y del Victoria Nyanza.

El descubrimiento, verdaderamente científico de la comarca, fue debido a una acción evangélica y otra científica: las misiones y el deseo de la Sociedad Geográfica de Londres de descubrir las fuentes del Nilo.

En los años 1848 y 49, los misioneros alemanes, descubren el Kilimanjaro, el Kenia y el Merú, afirmando que por el lado oriental de África podrían descubrirse las fuentes del Nilo.

Una serie de expediciones a base de científicos ingleses siguió a tal afirmación y los descubrimientos se sucedieron con frecuencia.

Speke y Grant, después de algunos viajes, resolvieron el problema de las fuentes del Nilo, en 1863.

Livingstone, en 1866, descubría los lagos Niassa y Banguelo y la región oriental de las fuentes del Congo.

No es mi propósito hacer una detallada relación de los descubrimientos en África, sino demostrar que estos son recientes aún, con objeto de que no parezca fantástico y absurdo el relato que ha de continuar.

En mi época de estudiante, admitía con la fe del carbonero, la clasificación que de las Edades daban los historiadores y siempre leí que la Antigua terminaba en el año 472 de Jesucristo.

Más tarde, no he estado muy de acuerdo con esta afirmación, aunque a los ojos de la mayoría, las fechas dadas por los eruditos tienen más importancia que los hechos reales. Estoy seguro que si se dijera a los crédulos que, incluso en España, en la hora actual, quedan costumbres que se remontan a la prehistoria en sus orígenes y que se conservan tal y como se practicaban hace miles de años, dirían que es absurdo. Y, sin embargo, puede afirmarse que las costumbres e ideas arcaicas, prehistóricas, son tan abundantes como las históricas.

Y es que el tiempo no resulta el mismo en todas partes, para todo orden de cosas. Y el espacio tampoco es igual y, como consecuencia, la razón tampoco es fija para todos.

Tardará mucho tiempo antes de que los etnólogos se pongan de acuerdo sobre la tesis del salvajismo primitivo. Para unos existe la idea de que el hombre más arcaico mentalmente, tiene a su servicio los mismos procedimientos lógicos que un civilizado. Para otros, especialmente ciertos filósofos, el hombre primitivo tiene una mentalidad prelógica, en la que domina la ley primaria de la participación, mientras que el pensamiento del hombre verdaderamente civilizado, se halla dominado por la ley de la contradicción.

No nos meteremos tampoco con el problema de las supervivencias

contradictorias, que no tienen cabida en este prólogo, por rebasar los límites que es mi deseo darle, para ayudar a la comprensión de la novela que ha de seguir.

Pero lo primero que hay que hacer al llegar a África, es adaptarse al cambio de la escala de observación. El símbolo viviente de la escala de observación en lo africano es el elefante. Todo es grandioso en esta tierra. Por ejemplo: las cataratas Victoria, que en mayo de 1873 contempló Livingstone por primera vez, siendo el primer blanco que lo hacía.

Y es curiosa la figura retórica del régulo que anunció al explorador su existencia.

Dice la Historia que pertenecía a la tribu de Makakolo y que cierto día preguntó a Livingstone, en un descanso:

—¿Tenéis vosotros, en tu tierra, humo del cielo que retumba como el «nzalam»?

Nzalam, es el trueno.

Livingstone, que conocía la mentalidad prístina de los indígenas, preguntó intrigado:

—¿Dónde está ese humo?

—No lejos. Allá donde muere el sol —respondió el régulo—, pero nadie puede acercarse a «tolognina» de «Baruino»... Tal vez a ti, dios blanco, te sea permitido hacerlo.

Tolognina es una «guines» del fuego, un «genio» en su mitología. Y Baruino significa la divinidad.

Livingstone partió para el lugar indicado y descubrió las célebres cataratas, una inmensa grieta en el basalto por la que el río entero se desploma hasta 50 metros de profundidad, provocando una densa nube de agua pulverizada, semejante al vapor que descompone la luz del sol en un hermoso arco iris.

Los paisajes de este país inmenso son difíciles de comprender para quien no los vea, por muy plástico que sea el narrador de los mismos. Y eso que hoy, el cine en color los ha puesto al alcance de todos, así como a sus majestuosos habitantes.

Hay zonas en las que hasta hace pocos años reinaba orgulloso el león y el elefante y que están convertidas hoy en modernas y populosas ciudades, de amplios y bellos edificios como los de Pretoria.

Johannesburgo parece una ciudad europea y es posiblemente única en el mundo, ya que puede afirmarse que está construida sobre oro.

Hace poco más de medio siglo no había allí más que un puñado de cabañas pertenecientes a otros tantos colonos que luchaban titánicamente para conseguir unas escasas cosechas.

Uno de ellos, invitó a dos amigos, Harrison y Walter, buscadores de minas, para que reconocieran sus terrenos.

Realizado el reconocimiento, dijeron al dueño que sus tierras solo

servían para el cultivo y el ganado. No había que esperar nada respecto a minas.

Pero ocho años más tarde, cuando este colono comenzó a sacar piedra de la granja de un amigo y vecino con objeto de hacerle una casa, vio en la cantera manchas diminutas de oro nativo. Presa de excitación, volvió corriendo a su casa por un atajo y tropezó con una gran piedra en la que se veía oro en abundancia. Tropiezo casual del granjero Osthuizen que dejaba al descubierto el Witwatersrand, uno de los campos auríferos más ricos del mundo.

Sobre este campo minero se ha levantado Johannesburgo, hermosa y bella ciudad en la gran altiplanicie del Transvaal.

Hace años tuve oportunidad de conocer esta ciudad y otras de la costa oriental de África, cuando obediente a otra profesión y al servicio de una Compañía extranjera, estuve en Mozambique y Angola.

Hay supersticiones en abundancia, como en todos los pueblos primitivos y si se vive años entre ellos, termina uno por contagiarse y aún no queriendo y a pesar de la coraza que supone una determinada cultura, es difícil eludir a veces la corriente psíquica que producen las frases y sortilegios del «otogam» (hechicero) y durante meses, después de abandonar ese país y su selva, parece que oye uno el himplar de la hiena cuando el sol se oculta y hasta llega al olfato su nauseabundo olor, que se percibe a distancia.

Recojo en esta novela, de obligada dimensión reducida, el relato de una tragedia que se desarrolla en esa selva atemorizante y sugestiva.

Que entretenga y enseñe a los lectores, es el deseo del

AUTOR.

CAPÍTULO I

Abrióse la puerta del dormitorio, amueblado con una elegancia y riqueza casi únicas en el Imperio y salió el visitante del enfermo.

Sonó la campana de la servidumbre y el mayordomo asomóse a la alcoba para preguntar a su señor qué deseaba.

—¿Está mi hijo en casa?

—Creo que ha salido, milord —respondió el criado.

—Cuando llegue, que venga a verme.

—¿Algo más, milord?

—Nada.

Salía el mayordomo y el enfermo añadió:

—¡Llame por teléfono a Thomson!

Obedeció el criado y ofreció el auricular cuando al otro lado de la línea se oía la voz del llamado, preguntando quién era.

—¡Soy yo, Thomson!... No me encuentro bien y me agradecería que vinieras a verme. He de hablar contigo del «Ibumbupi».

El mayordomo salió de la habitación.

El rumor de la conversación telefónica quedaba velado por espesor de la puerta de caoba.

Cruzó las habitaciones, que eran un verdadero mundo y en las que había docenas de animales disecados que, hasta que se habituaban a ellos los criados, imponían por su aspecto de realidad.

El mayordomo contemplaba los infinitos objetos que adornaban las numerosas vitrinas y sonreía a los animales que ya no podían suponer un peligro como cuando se hallaban con vida en la selva.

Muchos de esos animales los había visto cazar, pues había acompañado a su amo en varias cacerías por la selva africana.

Siempre que pasaba por esos salones, llenos de recuerdos para él, no podía evitar un estremecimiento de terror.

Era mucho el miedo que había pasado en las lejanas tierras del continente negro.

Los Gregory era una familia de exploradores, pero el viejo que estaba recluido en cama, hacía bastantes años que no había vuelto y era opinión del doctor que le asistía que ya no volvería más.

El cazador de fieras terribles, había sido cazado por la muerte, que se le llevaba de un modo inexorable.

Los amigos decían que desde el último viaje estaba hechizado y que no era el mismo de antes. Un temor instintivo le acompañaba a todas partes.

Se había encerrado en la mansión y paseaba poco por los setos que rodeaban la casa y, siempre, al llegar la noche, hacía recorrerla para asegurarse de que no había nadie.

Mandó poner en su alcoba cerraduras especiales y el mayordomo sabía que no era por miedo al robo, ya que no guardaba dinero, que tenía en el banco y en gran cantidad.

Sin embargo, había visto que junto a la cama, había una caja de caudales empotrada en la pared, con cerradura de doble combinación.

Muchas veces se había dicho el mayordomo qué sería lo que su amo guardaba en esa caja con tanto celo y temor.

Pero al llegar junto a los otros criados, la atención a los asuntos de la casa, le hizo olvidarse de los anteriores pensamientos.

Como era el encargado de abrir la puerta, no necesitaba decir a nadie que le avisaran cuando llegara el joven milord.

Unas horas más tarde oyó el «claxon» del «Rolls» del joven.

Al abrir la puerta, saludó este:

—¡Hola viejo Nichols...! ¿Cómo está mi padre?

—Él señor desea verle, milord.

—¡Ahora mismo voy!

Recogió el mayordomo el abrigo y el sombrero de copa del joven milord y este se encaminó a la alcoba de su padre, saludando con la mano y una sonrisa a los fetiches de las urnas y a los animales disecados.

—¡Hola, papá! —saludó al entrar en el dormitorio—. ¿Estás mejor?

—¡No! Nada de seguir engañándonos mutuamente... Yo sé que me queda poco y tú también.

—¡No digas eso, papá!... ¡Tienes que hacer otro viaje a África!

—¡Siéntate y deja de decir tonterías!

Obedeció el joven y esperó a que su padre siguiera hablando.

Estaba seguro que le había llamado para hablarle de algo importante.

—¡Yo sé que me muero! ¡Me ha confesado el doctor la verdad!... ¡Sí! ¡No me mires así! ¡Tenía que ser sincero conmigo! No quería que me sorprendiera la muerte sin decirte algo que es necesario sepas...! Algo que he ocultado a todo el mundo y que me ha tenido estos últimos años en una angustia enorme... Lo mismo que yo te lo digo ahora, me lo refirió mi padre cuando estaba cerca de la muerte...

Hizo un descanso el enfermo y miró a su hijo, que tenía en el rostro reflejada la ansiedad más intensa.

—Estoy seguro de que te va a pasar a ti lo mismo que me sucedió a mí al oír a mi padre... Me dolía que muriera, pero en lo que se refiere a su relato me reía íntimamente; pero más tarde he comprobado que él tenía razón... No he tenido valor para hacer lo que me pidió porque tenía que contar con Thomson y este no se avino a hacerlo.

Un nuevo descanso avivaba la curiosidad de su hijo.

—¡He pasado mucho tiempo en África...! En la casa que tenemos allí y que mi padre adquirió de uno de los colonos blancos, ampliándola de tal modo que no queda nada de lo que era en principio... Bueno, ya la conoces... Me familiaricé con los batutos, hotetontes, massais y bantúes... Conozco su lengua como la nuestra. Lo mismo que te pasa a ti, aunque has tomado las exploraciones como un deporte de caza solamente y no como nosotros, que hemos trabajado para la ciencia... No quise devolver lo que mi padre pidió hiciera y que es lo mismo que te voy a pedir a ti... Te aseguro que he oído todas las noches el rugido del ibumbuni... ese animal de la mitología negra. Y le sigo oyendo cada vez con más intensidad, hasta el extremo de que muchas veces, durante el día, oigo como unos zarpazos de sus enormes garras, dados en la parte interior de esa caja de caudales que no me atrevo a abrir... Sé que creerás que estoy loco, como me sucedió con mi padre... Pero si dejas de hacer lo que te pido, no tendrás tranquilidad y los fanáticos sacerdotes que le guardaban, te buscarán como me han buscado a mí... Cuando te cacen, te darán la muerte más horrible que pueda concebir la imaginación humana y no creas que será una muerte rápida...

El joven miraba con atención a su padre, pues estaba seguro de que había perdido la razón.

—¡Estas son las combinaciones para abrir esa caja! —dijo el viejo entregando a su hijo un papel—. ¡Ábrela!

Obedeció este y, al girar la puerta, los goznes lanzaron un ruido que parecía, en efecto, el rugido amortiguado de una fiera.

El joven se estremeció a pesar suyo. Y se quedó un poco paralizado.

—¿Lo has oído? —dijo su padre—. ¿Te convences?

Nada respondió el joven porque no quería que su padre se diera cuenta de que estaba emocionado.

—Coge esa caja grande que hay al fondo —dijo el padre.

Al hacerlo, la puerta de la caja de caudales volvió a emitir el mismo ruido, haciendo que el joven se diese cuenta de que era esa la causa que asustaba a su padre y se echó a reír, diciendo:

—Es el ruido de esta puerta lo que te ha hecho pensar que era el ibumbuni quien lo hacía.

—Eso es lo que yo he querido creer muchas veces. Pero no es eso...

El hijo se encogió de hombros y guardó silencio, entregando la caja solicitada.

El enfermo abrió la caja y el joven vio la joya más hermosa que pueda concebir el cerebro humano.

Era un ibumbuni, al que le faltaba la enorme cola con la que la mitología negra afirma que sujetaba a sus víctimas para destrozarlas.

La más variada gama de colores en pedrería estaba magníficamente engarzada y tallada.

Los ojos, dos enormes esmeraldas con un gran brillante en el centro de cada uno.

Los colmillos y dientes, otros tantos brillantes perfectamente pulidos. Topacios, turquesas, zafiros, rubíes... formaban un conjunto tan bonito y artístico que el joven lo contemplaba con la boca abierta.

—¡Es admirable! —exclamó extasiado.

—¡Es una alhaja única! Thomson tiene parte de la cola... El resto está en África... Decía mi padre que el final de la cola es aún más extraordinario que la cabeza y el cuerpo que estás viendo. No me llares tonto si te digo que creo en lo que los otogams aseguran de que los guínés del sufrimiento acompañarán eternamente a los poseedores de esta joya sagrada... Por eso quiero pedirte que la entregues en el lugar de donde la quitaron mi padre y los que le acompañaban en la expedición cuando encontraron el santuario en que estaba esta alhaja, que no se explica uno pueda haber sido tallada por unos salvajes sin herramientas especiales a su alcance... Lo que falta de la cola, aparte de lo que tiene Thomson, está un trozo enterrado en una gruta en el corazón de la selva... Se lo llevó el negro que iba de guía con ellos. Lo otro, lo conservan los Burkon, que viven en la bahía de Ungama...

—¡Debe valer una fortuna esta alhaja!

—Hace unos años mandé que hicieran una tasación... Y sin contar el valor artístico que dobla el efectivo, me dijeron que su valor real era de un millón de libras por lo menos... Cuando los joyeros hablaron de la misma, recibí una oferta de unos joyeros de Nueva York en la que me ofrecían quince millones de dólares por lo que tengo de este animal...

—¡Es una cifra tentadora! —exclamó el joven.

—¡Espero que no sientas la tentación de venderla! Tienes que volver a África, pero no a cazar nada más... Confío en que Thomson te dé el resto que tiene de la cola... Tiene veinte pulgadas de largo su trozo. Los Burkon, tal vez con una carta mía te entreguen lo que poseen y busca en la selva lo otro. El viejo Utakunúa puede acompañarte. Es el único que sabe ir hasta la cueva en que escondió lo que falta... Debe tener más de cien años... pero ha de estar fuerte aún para ir contigo... También conoce el santuario.

Fueron interrumpidos por la llegada de Thomson.

—¿Qué es lo que te pasa con el ibumbuni? —dijo a modo de saludo.

—¡Estoy hablando con mi hijo sobre ello!... —respondió el enfermo—. Le estoy pidiendo que vaya a devolverlo... Para ello espero que le entregues lo que tú conservas...

Thomson se puso pálido y miró al joven, asustado.

—¿Es que te vas a atrever a ir hasta dónde está el santuario? ¿Te ha dicho tu padre que eso es muy peligroso? ¡No comprendo qué le pidas eso!... ¡Es la muerte segura para él! ¡No le hagas caso!... No es posible llegar a ese lugar...

—¡El ibumbuni estaba allí! ¿No es verdad?... Nuestros padres llegaron. Hoy es más fácil buscar ese lugar desde un avión... Antes querías que se hiciera y me diste mucho la lata para ello, porque asegurabas que no encontrarías a tu hijo, perdido en la selva, hasta que no se hiciera la devolución. Es lo que le dijo el otogam aquel, según le comunicaron los Malakas, enviados de Utenu, el dios de la selva.

—¡Sí! Estoy deseando que se haga la devolución y empiezo a creer en lo que piensan los batutos, massais y bantúes de sus Sualas (dioses) y Bliisis (demonios). Hasta que esa joya no esté en el santuario de donde la quitaron nuestros padres, el Ngolio (pájaro de la muerte) volará sobre nosotros sin cesar y mi hijo no será hallado.

El joven miraba a los dos hombres: a su padre y a Thomson.

Estaban atacados de lo que se llamaba el mal de la selva.

Las largas temporadas pasadas allí, soportando el sol implacable y llenos de tradiciones y cuentos mossis, iliks, sandes y bantúes, aparte de los basutos, que eran grandes narradores, que les habían trastornado por completo.

—¡Entonces, lo que tienes que hacer, es traer a esta casa la parte que conservas de la joya, para que Joe se encargue de llevarla a su lugar!

—¿Se atreverá de veras tu hijo a ello?... ¿Te ha prometido hacerlo?

La duda de Thompson molestó a Joe, quien, no estando dispuesto a hacer lo que su padre pedía, dijo lo contrario, excitado por la duda del amigo:

—¡Estoy dispuesto a llevar esa joya y estoy seguro de que lo conseguiré!

Thomson le miró compasivamente.

—¡No ha debido decirte tu padre los peligros que habrás de arrostrar cuando hablas así...!

—¡No me asustan los peligros, porque no creo en las supersticiones que les han entrado a ustedes por los poros!

—Tampoco creíamos nosotros en ellas al principio. Es posible que cambies de ideas cuando lleves una temporada a la sombra del Kilimanjaro.

Joe miró a Thomson, que era el que había hablado y replicó:

—Me alegrará que vivan los dos lo suficiente para que se convenzan de ello.

Cuando hubieron quedado de acuerdo, Joe se decía que debía estar loco él también.

Pero a medida que pensaba en ello, sentía un deseo ferviente de ponerse en camino.

Tres días más tarde, el padre de Joe, bastante mejorado, tremolaba el periódico muy enfadado cuando entró el joven a verle.

—¡Ese Thomson ha cometido torpezas y ya está la Prensa hablando de

la joya sagrada otra vez!

—Menos mal que a mí no me conocen apenas en Londres —dijo Joe.

—Ten mucho cuidado, de todos modos... ¡Es demasiado dinero para que no lo intenten todo!

—No te preocupes, papá... —decía Joe.

Joe preparaba el viaje para marchar a África en la seguridad de que su padre seguiría mejorando y que no había, de momento al menos, el peligro de que hablaba el médico días antes.

Thomson había llevado la parte de la joya que conservaba y admiró Joe el trabajo que la misma tenía, así como el valor inmenso por la cantidad de piedras preciosas de que estaba recamada.

—Ten en cuenta —dijo Thomson al entregarla— que vas a llevar una verdadera fortuna... Has de tomar toda clase de precauciones para que no puedan atentar contra ti, pues la alhaja lo merece.

—No debiste cometer la torpeza de hablar de este asunto, que ya dio que decir hace años... Por eso he tomado tantas precauciones en la casa y la caja que mandé construir exclusivamente para la joya, es inabordable a los pistoleros y ladrones. Convertí la casa en un verdadero arsenal y en mecanismos mortíferos.

—¡Debimos entregarla hace muchos años! —exclamó Thomson.

—Pero no lo hicimos... Nos dio pena abandonar esta joya...

—¿Crees que Burkon conservará su parte?

—Estoy seguro —dijo el padre de Joe—. La última vez que estuve en su casa, me enseñó lo que conserva con tantas precauciones como yo... Estuvo una vez gravemente herido y aunque dijeron que habían sido los esclavos de la plantación quienes atentaron contra él, me dijo que habían sido los sacerdotes de aquel extraño y oculto santuario. No comprendo cómo no han terminado su tarea.

Y durante varios días, no se hablaba a la hora de comer de otra cosa que del viaje de Joe.

El padre no cesaba de hacerle encargos y recomendarle mucho cuidado.

Joe le tranquilizaba, afirmando que podía confiar en él.

No terminaba de sosegar el viejo milord.

Se iba a ocultar a los pocos amigos que iban a la casa el viaje de Joe para que no pudiera trascender y se dieran cuenta los que durante años soñaron con capturar esa joya tan valiosa.

CAPÍTULO II

Las calles de Southampton estaban convertidas en verdaderos ríos a causa de la lluvia.

En el «London Bar», muy cerca de la ventana, que limpiaba con frecuencia para mirar a la calle, se hallaba un joven de alta estatura y con la trinchera sin quitar. El sombrero chorreando puesto en una esquina de la mesa y ante él una enorme jarra de cerveza.

Contemplaba en silencio la lluvia, que azotaba furiosa el cristal, como si le molestara la atención del joven.

Tamborileaba sobre la mesa con los dedos, absorto en íntimos pensamientos.

De vez en cuando consultaba su reloj de oro de pulsera. Miraba hacia la puerta como si esperase a alguien.

Nadie de los infinitos clientes que había en el bar se preocupaba de él y eso que miraba en todas direcciones con desconfianza mal disimulada.

Abrióse una vez más la puerta y entró una joven bellísima, que se encaminó a la cabina telefónica que estaba a la espalda del asiento del solitario contemplador de la lluvia.

La miró con admiración, ya que la belleza de la muchacha era verdaderamente excepcional.

Se volvió en el asiento para verla pasar tan cerca de él.

Ella le miró con indiferencia.

Segundos después oía marcar un número telefónico.

No es que quisiera oír lo que hablaban. Pero como la cabina cerraba mal, muy a pesar suyo escuchó las primeras palabras de la conversación, e intrigado siguió escuchando con una atención poco correcta.

Le molestaba el murmullo de las conversaciones y el golpear de los platos y vasos sobre el mostrador, porque le impedían oír algunas cosas.

—Sí... Ya estoy preparada para embarcar —empezó diciendo la muchacha.

—He conseguido un camarote muy cerca del que él ocupa. Me ha costado una buena prima...

—No olvidaré nada.

—De acuerdo. Trataré de ponerme al habla con él, pero que hagan las cosas bien, no vayan a sospechar...

—Toda precaución es poca... Es posible que no seamos nosotros solos los que vamos detrás de esa joya...

—No. No hay nadie por aquí. No pueden oírme. Estoy hablando desde

el «London Bar». Voy a ir hasta el muelle. Debe mandar a recoger el coche...

—¡Ah! Está bien. Creo que es mejor... Es posible que necesite el coche al llegar a Ungama... Podría tener dificultades de encontrar otro tan rápido allí...

—Sí, viven mis tíos... Por lo menos hace unos meses estaban aún allá.

—Esté tranquilo... ¡Haré bien las cosas!

—¡Si puedo, ya lo creo que lo haré!... Trataré de enamorarle, pero no me enamoraré a mi vez... Es mucho el daño que nos hizo su familia.

—Hasta la vuelta. Gracias.

El joven, que ya había pagado la cerveza, se puso en pie con rapidez y salió antes que la muchacha lo hiciera de la cabina.

Miró ella con indiferencia a la mesa y en el mostrador bebió un «cocktail».

Cuando entraba en el coche, detenido a la puerta del bar, se abrió la otra portezuela y el joven, con el ala del sombrero inclinada sobre los ojos, dijo con voz sorda:

—¡Si aprecia su vida, no debe gritar ni decir nada! Suba con naturalidad y ponga el coche en marcha...

La joven vio en la mano derecha del que así le hablaba una pistola automática que apuntaba a su pecho.

Había presumido siempre de no tener miedo a nada y sin embargo, en esos momentos su pulso iba a una velocidad peligrosa.

Sentóse ante el volante. Puso el coche en marcha, realizando un gran esfuerzo para serenarse.



Una pistola le apuntó a través de la ventanilla

Cuando el motor obedeció al mandato de la conductora, dijo esta:

—¿Qué dirección quiere que tomemos?

—Al muelle. Junto al barco que sale para Ungama.

La muchacha no pudo evitar un temblor violento.

—¡Y no corra mucho! El paso está peligroso con esta lluvia! —añadió el

joven.

El coche se puso en marcha y a los pocos minutos, dijo:

—Métase en esa calle solitaria! ¡Hemos de hablar antes de llegar al muelle!

Cada vez más asustada, obedeció la mujer. Detuvo el vehículo en el lugar indicado por él. La miraba en silencio y dijo al fin:

—¡Va a meterme en el barco ese!... ¡He de salir de aquí! No quiero ocultarle que voy huyendo de la policía... Es mejor que hablemos con claridad.

—¿Y si no quiero ayudarle?

El joven se echó a reír.

—¡Es usted muy joven y muy bonita!... ¡Tiene ganas de vivir y mi caso no se agravaría mucho más con su muerte...!

Hablaba con una naturalidad que impresionaba más a la joven que si lo hubiera dicho de otra forma.

—¡No sabía cómo poder escapar de Inglaterra!... Estaba casi acorralado porque no podía presentarme a solicitar pasaje para huir... Me ha dado la idea la conversación telefónica que he oído a cierta mujer preciosa... Me importa un comino esa joya de la que ha hablado... Gané unos miles de libras en unos meses y las llevo encima de mí... Lo que me interesa es huir lo más lejos posible para disfrutar de este dinero. No sé dónde está Ungama, aunque por el nombre supongo que en África. Eso está bastante lejos de estos odiosos policías...

—¡No puedo ayudarle!... ¡Tengo un solo pasaje!

—Eso no es inconveniente... Yo le diré lo que va a hacer...

—¡Tiene que comprender que no es posible!

—Le demostraré que será sencillo. Cuando lleguemos al barco, deberá haber un gran jaleo entre los viajeros y los que van a despedirlos. Yo subiré su equipaje y lo meteré en el camarote... Me quedaré en el mismo y haré el viaje en él... Ya ve si es sencillo. En el primer puerto en que toque el barco, saca usted un pasaje para mí... Y entro en el barco de una manera legal hasta el fin del viaje.

—No puede viajar en el camarote en que voy yo.

—Pues no hay otra solución y le advierto que no es agradable que la mate o que diga a la policía lo que he oído por teléfono. Alguien que tiene un camarote cerca del suyo lleva una joya que trata de robar. ¡Si conociera las cárceles de John Bull no hablaría así!... Aseguro que no son nada agradables. Es mucho mejor tener que soportarme a mí parte del viaje en el mismo camarote y afirmo de manera formal que no ronco. Cuando cierre el camarote para dormir, lo haré en el suelo... No será mucho lo que la moleste.

No fue mucho lo que la joven se opuso, porque la amenaza de la policía tenía eficacia en su caso.

No era aconsejable obligar a ese joven a que lo hiciera.

Y según había planeado él, resultó todo.

Encerrado en el armario del camarote de la muchacha, esperó a que el barco estuviera en movimiento.

Cuando estaba preparando la ropa en el armario, dejando sitio para que se ocultara él mientras hacían la limpieza del camarote, le decía:

—¿Se ha convencido cómo era posible entrar en el barco y quedarse en él?

—Y si le descubren?

—Usted debe ayudarme para que no suceda. No deje nunca abierto este camarote. ¿Cómo se llama?

—Helen Clister —dijo ella.

—Mi nombre es Gordon Mac Clean... Puede llamarme Gordon.

Se oyeron unos pasos en el pasillo y guardaron silencio.

Unos golpes a la puerta del camarote precedieron a estas palabras:

—¡Miss Clister! Puede ir al comedor a tomar el té.

—¡Ahora voy! Gracias —contestó ella.

Helen miraba asustada a Gordon, que le sonreía.

—No tema. Todo irá bien, si sabe hacer las cosas —le dijo—. Cierre la puerta cuando salga y llévese la llave.

El camarote era especial, de lujo, y constaba de una salita de estar, servicios y un dormitorio amplio, amén de un saloncito con una mesa de despacho.

Helen salió minutos más tarde para entrar en el comedor.

Estaba nerviosa; temía que fuera descubierto Gordon.

Miraba a los viajeros que ya estaban en el comedor.

No conocía al que debía presentarse a ella y que se hallaba en el barco para ayudarla si era necesario.

Por eso miraba a todos con atención.

—La he reservado un asiento al lado de Mr. Joe W. Gregory —dijo el camarero—. Estoy seguro que él me lo agradecerá...

Joe W. Gregory miró a Helen con indiferencia, pero al verla, se puso en pie con rapidez y dijo:

—A sus pies, *miss*. Creo que ha sido un acierto del camarero...

Retiró galante la silla para que se sentara, haciéndolo después él.

A la mesa había otros dos comensales: Una mujer y un hombre.

Se presentaron mutuamente.

—Mi nombre es Alma Bradford —dijo la otra mujer, joven aún, pero con algunos años más que Helen y, aunque muy bonita, de belleza llamativa, lo era menos que Helen.

—Emil Golding —dijo el otro hombre tendiendo la mano a Helen—. Espero que hagamos un viaje feliz...

—¡Así sea! —exclamó Alma Bradford santiguándose.

Y pronto la conversación se generalizó para hablar cada uno de sus cosas.

Alma Bradford iba de visita a África.

—Es la única parte del mundo que conozco menos y me han invitado para asistir a una cacería en la selva... ¡Debe ser interesante!

—¡Mucho! ¡Ya lo creo! —dijo Joe—. He ido varias veces de caza y en mi casa conservo muchos trofeos, junto a los de mi padre y abuelo... Somos una familia de cazadores. Y conocemos gran parte de África.

—¿Vendrá entonces con nosotros? La invitación procede de unos amigos a quienes he tratado poco y presumo que al llegar allí, seremos nosotros buenos amigos... —dijo Alma sonriendo picarescamente a Joe.

—No sé si tendré tiempo para ello —dijo Joe—. Si me es posible, me encantaría.

—¿Usted también va de caza? —preguntó Alma a Helen.

—No. Voy a reunirme con unos tíos que viven en Ungama. Hace unos años que no les veo... ¿Cómo ha dicho que se llama? —dijo a Joe.

—Joe W. Gregory —dijo este.

—¿No será el millonario de quien ha hablado la Prensa estos días con motivo de una joya que tiene no sé qué historia interesante?

—No puedo negar que lo soy... —dijo Joe riendo.

—¿Es cierta esa historia? —preguntó Helen, interesada.

—No he leído los periódicos que se han referido a ella... Y siento no poder complacerla. ¡Es casi un secreto de los Gregory!

Emil habló de que se dedicaba al comercio del café e iba a las plantaciones para adquirir en origen grandes partidas de esta mercancía.

Se habló de muchos temas y quedaron todos muy amigos y dispuestos a pasar lo mejor posible el viaje.

Los comensales de otras mesas les miraban con atención.

Las miradas iban hacia Joe, Helen lo observó y dijo:

—No hacen más que mirarle a usted... ¡Deben saber lo de esa joya!... ¿La ha traído con usted? La Prensa decía que estaban dispuestos a devolverla a sus dueños...

Joe supo eludir la respuesta con una pregunta por su parte a la muchacha sobre si estaba o no casada.

Cuando entró Helen en su camarote, no vio a Gordon.

Golpeó en el armario, diciendo:

—Puede salir. He venido sola.

Así lo hizo Gordon, que le preguntó:

—¿Qué tal ha ido?

—Muy bien.

—¿Ya ha encontrado al vecino que tanto le interesa? Debe tener cuidado y hacer las cosas bien... No me interesa que la detengan ahora a usted... Me vería en un verdadero compromiso; si dieran a otra persona

este camarote, me descubrirían. Así que debe tener mucho cuidado con lo que hace. Hay tiempo hasta que lleguemos a África. No debe precipitarse.

Ella sonreía mirándole.

—¡Es usted un verdadero cínico!... —exclamó.

—¡Es que no me agrada mentir! ¿Sabe lo que he estado pensando en el tiempo que faltó de aquí?

—¡No lo sé!

—Que todos los hombres que van en el barco se morirían de envidia si supieran que hago el viaje tan cerca de usted y viéndola a todas horas.

Helen no respondió.

—No debe salir de ese cuartito mientras esté yo aquí... —dijo al fin.

—¿Cree que no es bastante aburrimiento tener que pasar los días sin salir de aquí?... ¡Ah, una cosa!... Si yo enfermara, nada de avisar al médico. Me deja morir y me arroja al agua por la noche. No debe complicarse la vida...

—No hay que pensar en eso!... Estoy deseando que lleguemos a Port Said para que allí pueda adquirir un pasaporte y abandonar este camarote.

—¡Pues yo lo voy a sentir mucho! ¡Muchísimo!

Era ya bastante de noche, cuando golpearon en la puerta con los nudillos hasta tres veces.

Gordon vio palidecer a la muchacha y corrió a esconderse en el armario.

Helen abrió la puerta y se encontró con uno de los que estaban a la hora del té sentados a una mesa muy cerca a la que ella ocupaba.

—¿Liverpool? —dijo él.

—Por Manchester —respondió ella.

Entonces el visitante cerró la puerta y dijo:

—¡Ya he visto que sabes hacer las cosas: Pero no te precipites. Has causado una magnífica impresión a ese millonario, que trae en el barco la joya sagrada que hemos de hacer por quedarnos con ella.

Helen estaba temblando por este modo de hablar del visitante, pero no podía decir que se callara, ya que la puerta estaba cerrada y hablaba en voz baja.

Después de todo, pensaba, Gordon sabía quién era y qué era lo que buscaba en el barco.

—Lo que debe hacer, es no visitarme en el camarote otra vez... —dijo ella—. Si le vieran salir, sospecharían en el acto. Cuanto haya de decirme, lo hará paseando por cubierta, para lo cual debe hacer le presenten a mí.

—¡Soy yo quien dirige esto! —advirtió él.

—Pero ha de hacerlo de acuerdo conmigo y si va a comprometerme por una imprudencia, lo abandono todo y dejo el barco en ruta.

—Debes tranquilizarte... Ahora tenía que venir para conocernos y ponernos de acuerdo en lo que vamos a hacer...

Helen guardó silencio.

—Debes seguir cultivando la amistad de Joe W. Gregory... Ya te avisaré cuando debas entretenerle para que registremos su camarote... Todavía es pronto. Y no te fíes de esa millonaria que ocupa la mesa con vosotros. Es otra que va a por la joya. Mucho cuidado con ella. Es una de las mujeres más hábiles que se han conocido como ladrona internacional... ¡Procura que no se nos adelante!

Helen abrió los ojos con asombro.

—¿Es posible? —dijo—. Si parece...

—¡También tienes tú rostro de inocente y estás tratando de robar una fortuna!... Es posible que el cafetero ese, sea el que viene con ella. Le tienen cercado entre los dos, pero eres más bonita que ella y Joe es a ti a la que hará caso en el viaje... Hay que saber sacar partido de esta preferencia.

—Ahora, puede marchar... —dijo Helen que temía algún golpe de tos de Gordon.

—Cuando tenga que decirte algo, te echaré una nota por debajo de la puerta —añadió el visitante—. Mi nombre es Arnold Morris.

—Está bien.

Al cerrar la puerta, una vez fuera Arnold, respiró con satisfacción la muchacha.

Gordon salió de su escondite y le dijo:

—No me gusta la manera de hablar de ese hombre. Estuve tentado de salir y golpearle en las narices.

Helen terminó por echarse a reír.

—¡Es una pena que no quiera meterme en más jaleos!... De lo contrario sería conmigo con quien trabajaras y lo haríamos mejor. Ya he oído que tenéis competidores a bordo. Pero no creo que ese Joe se resista a tu belleza. No me gusta que tengas que enamorarle. Hay el peligro de que te enamores tú de él.

Y pasaron muchas horas hablando sin que se dieran cuenta del paso del tiempo.

Gordon durmió en el saloncito, en el suelo, con unas mantas que ella le dejó.

A la mañana siguiente cuando se levantó la muchacha, ya se había bañado él.

—Lo que tengo es hambre —dijo Gordon—. Todo lo he previsto, menos lo de la comida...

—Eso tiene remedio... Mandaré traer comida entre horas al camarote —dijo ella.

—¡Eres un ángel! —dijo risueño Gordon—. Perdona que te trate así, pero si hemos de viajar juntos tantos días, es mejor que haya confianza entre nosotros. Debes decirme cómo vas a actuar y yo te diré si está bien o mal...

Helen se reía francamente, aceptando las cosas tal y como se presentaban.

Unos golpes en la puerta y la voz de Joe W. Gregory que decía:

—La espero, *miss* Custer, para pasear por cubierta, si no tiene inconveniente en ello.

—¡Ahora salgo!

Gordon hacía gestos cómicos de amenaza al que estaba al otro lado del camarote y ella reía de buena gana.

CAPÍTULO III

Una semana de navegación. Helen salía muy poco del camarote, pasando las horas de conversación con Gordon, que bromeaba siempre haciendo reír a la muchacha.

Todos los días por la mañana era avisada por Joe para pasear.

Una vez, hubo de meterse con toda rapidez Gordon en el armario.

Joe solicitaba permiso para entrar en el camarote y ella no podía negarse.

—La visito, porque voy a enseñar a unos amigos la célebre joya sagrada —dijo el visitante— y supongo que también tendrá interés en verla... Solamente la enseñaré a los que están en la mesa con nosotros. Al cafetero y a esa millonaria tan excéntrica. ¿Vendrá? La enseñaré esta tarde.

—Pero... ¿es que lleva en el camarote una alhaja de tanto valor?... ¿Es mucho lo que vale?

—Más de quince millones de dólares —dijo Joe.

—¿Y no es una temeridad enseñarla a quienes no conoce?

—No es fácil quitármela. La depositaré mañana en la caja fuerte del barco, aunque en realidad no me fío de nadie que no sea yo...

—Iré. ¿A qué hora?

—Después del té. ¿Vengo a buscarla? Ya sabe que mi camarote es el próximo.

—Como quiera. Se lo agradezco mucho.

Al salir Joe, vio unos papeles en el suelo y creyendo que se trataba de alguna nota de Arnold, los guardó en el pecho con rapidez para que no los viera Gordon.

Pero al entrar en el baño para leerlos, se encontró con unos recortes de Prensa que hablaban de Gordon Mac Clean como de uno de los bandidos más audaces que hubo jamás en Inglaterra.

También se decía en ellos que la policía seguía su pista y que no habría de tardar mucho en ser detenido.

Figuraba una fotografía de él, bastante clara.

Estuvo pensando antes de salir del baño en esto y tuvo miedo de que al presentarse como pasajero, fuera reconocido por los que hubieran visto esos periódicos...

Se daba cuenta de que tantas horas encerrada y hablando con él, que tenía una vasta cultura y amena conversación, la habían ido encadenando al bandido y por eso no se hallaba bien nada más que a su lado.

Salió a pasear por la cubierta para tranquilizarse dejando los papeles

donde los encontró para que no se diera cuenta Gordon de que los había visto.

Encontróse con Arnold en cubierta, quien se acercó a ella con naturalidad, saludándola. Ya se conocía todo el pasaje de la parte especial.

Ella le dio cuenta de lo que había dicho Joe.

—¡Mucho cuidado con esos dos! ¡Debes vigilarles bien! Esta noche, después de que os enseñe la joya, debes entretenerle para que yo pueda trabajar en su camarote... Mañana sería tarde porque la depositará en la caja del barco.

—No creo que lo haga... —dijo ella—. No quiere dejarla a nadie... Es mejor esperar a que estemos más cerca de África...

—Nosotros no llegaremos hasta allá...

—Sospecharían en el acto... —dijo Helen—. Hay que hacer bien las cosas y no quiero aparecer como ladrona. Mi familia tendría un disgusto enorme. ¡Pertenezco a una familia noble!

Lo que temía Helen, era que al cometerse el robo, registrarán todos los camarotes y hallaran a Gordon.

—¡No ayudaré a nada hasta que no estemos cerca de África! —dijo con decisión.

Arnold no pudo continuar, porque se unieron a ellos el cafetero y la millonaria.

Al marchar Arnold, dijo Alma:

—Me ha dicho Mr. Gregory que la ha invitado a usted para ver esa joya. Estoy impaciente. Dice que es lo más hermoso que se ha visto.

—¡Lo que no comprendo —decía Helen— es que viaje con una joya como esa!

—Es siempre mejor llevarla vigilada por uno mismo... Yo haría igual —dijo Alma.

—Creo que esas alhajas están malditas o algo así —dijo el cafetero—. Me hablaban ayer de ello... Los que la poseen no viven tranquilos y escuchan de vez en cuando los rugidos del ibumbuni...

Helen dejó a los otros dos que hablaran de esto y marchó al camarote.

Gordon estaba sentado en el sillón de la mesa de despacho.

Los papeles ya no estaban en el suelo y ella se tranquilizó. No pensaba aludir a ellos para nada.

—Ya he oído lo que le decía ese imbécil de millonario... ¿Cuándo le robáis?

—No quiero hasta que no estemos cerca de África.

—No será por mí ese temor, ¿verdad?

—No. Es que no quiero que sospechen de mí porque le ven siempre a mi lado.

—¡Qué desencanto! —exclamó burlón Gordon—. ¡Pues yo sería capaz de romperle la cabeza como a ese Arnold que te debe estar haciendo el

amor, pero no puedo salir de aquí para impedirlo... ¡No quiero que salgas de aquí!

Ella le miró intrigada, pero sonriendo.

—He venido a este barco con una finalidad. No para protegerte a ti solamente...

Gordon se fue acercando a ella.

—¡No quiero que salgas de aquí, o soy capaz de salir y decir a todo el mundo que estoy en este camarote desde que salimos de puerto...!

—¡No es posible, Gordon!... ¿Te olvidas de Arnold?... Son ellos los que me pagan este viaje...

—Les devuelves su importe. Yo te lo doy...

—¡No es posible!... Tienes que ser razonable.

—Eso se dice muy bien. No puedo aguantar más. Estoy sufriendo mucho y creo que hubiera sido preferible dejarme coger en Inglaterra.

Ella le puso un dedo sobre los labios. Se oían pasos en el pasillo.

Gordon besó el dedo que le imponía silencio y la miró a los ojos.

—¡Miss Custer! —llamaron en la puerta.

Gordon retuvo la mano unos segundos y volvió a besarla.

Helen le miraba sonriendo y al estar cerca de la puerta, se volvió a mirarle y le envió un beso con la mano.

Minutos más tarde estaba en el camarote de Joe con los otros compañeros de mesa.

Joe mostró el ibumbuni y todos lanzaron una exclamación de asombro.

—¡Nada de tocarle, trae mala suerte! —advirtió Joe cerrando la caja.

Las frases de elogio se sucedían.

Y después de meter la caja en un baúl que había en el camarote, salieron a pasear los cuatro a la cubierta.

La noche era maravillosa.

—Debía llevar esa joya a la caja del barco —dijo Helen.

—¡No es necesario!... Está segura en el camarote...

Helen sorprendió una mirada de inteligencia entre el cafetero y la millonaria.

Asustaba a Helen la posibilidad de que robasen la joya los que estaban dispuestos a ello, porque si se realizaba el registro de su camarote, como vecino que era al de Joe, ello era inevitable.

La millonaria invitó a Joe a pasear aprovechando la hermosa noche, pero él supo negarse con corrección.

Alma no disimuló su disgusto como debiera y dijo:

—¡Es posible que si le hubiera invitado esta joven, no se negara...!

Tanto Joe como Helen quedaron sorprendidos, pero Joe replicó con naturalidad:

—¿Es que tiene interés en mantenerme alejado de mi camarote? Sentiría fuera así... Lamento no haberla dejado tocar esa joya... Lo he

hecho por usted. Sus piedras están embadurnadas de un veneno fulminante... Esa ha sido la razón de no dejar que la tocaran... No conocen, como yo, la parte que está libre de esa ponzoña. Si fuera a mi camarote para gozar de esa joya, podría tener un mal desenlace...

—No creo que sea eso lo que la ha disgustado... —dijo el cafetero—. Es que es mujer y ya sabe que les disgusta ser rechazadas cuando se consideran bellas como ella.

—Pues lamento haberla disgustado, pero es cierto que no me encuentro bien y prefiero ir al camarote...

Y Joe se inclinó ante Alma y el cafetero y dijo a Helen:

—¿Viene? La acompaño a su camarote.

Helen accedió.

Al entrar en el pasillo oyeron un grito angustioso que salía del camarote de Joe.

Este, sin apresurar el paso, dijo:

—El primer intento de robo que ha sido frustrado.

Acudieron a este grito muchos pasajeros y la servidumbre encargada de aquella parte de camarotes.

Alma y el cafetero que habían ido detrás de los dos jóvenes, corrieron al oír este grito para detenerse ante la puerta del camarote de Joe.

—Han gritado en este camarote —decía el camarero.

—No comprendo cómo han podido entrar en él —decía Joe—. Le he dejado cerrado y tengo la llave en el bolsillo... No sabía que hubiera duplicados de llaves.

—Y no lo hay, señor —dijo el camarero—. Es extraño.

—Pues no hay duda de que es en mi camarote donde ha sonado.

—¿Es que no puede darse más prisa? —decía Alma, nerviosa.

—Supongo que ya no debe haber nadie porque no se oye nada.

Y Joe introdujo la llave en la cerradura. Pero no se podía abrir.

—Han cerrado por dentro... ¡Alguien hay en mi camarote!

Palabras que produjeren la natural emoción.

—Sin duda han querido robar esa joya... He debido advertir que estaba muy bien guardada...

Helen vio al lado del camarero a Arnold y se tranquilizó.

Había pensado que pudiera tratarse de él.

Pero el rostro de miedo que tenía este indicaba a Helen que debía tratarse de alguno de sus ayudantes.

Todo esto había sucedido en pocos segundos o minutos como máximo.

La puerta del camarote se abrió, apareciendo un hombre con la ropa revuelta y el mayor pánico en los ojos.

Tambaleándose trató de cruzar la puerta y cayó en el pasillo.

—¡Se ha mareado! —exclamó Alma.

—¡Está muerto! —dijo Joe—. ¡No se puede jugar con esa joya!

Comprobaron que era cierto lo que decía. Y con tal motivo, acudió mucha gente al comedor de lujo a dónde se llevó el cadáver.

Joe fue rodeado por sus compañeros de mesa.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? —decía Alma.

—Lo que temí sucediera a usted por curiosidad, muy femenina tratándose de alhajas. Los guardianes de la joya, le han matado.

—¡Pero si no hay nadie en el camarote! —replicó la millonaria.

Estaban los cuatro en el camarote de Joe.

—¡Eso es lo que han creído los que venían a por ella! —dijo Joe.

—¿Es que cree que han tratado de robarle? Ya le decía que debía dejar esa joya en la caja fuerte del barco —dijo Helen.

—Ya ha visto que está bien guardada...

Dos oficiales del barco entraron en el camarote para interrogar a Joe.

—No estaba en el camarote cuando han intentado robarme una joya que llevo y que es única en el mundo...

—¿Cómo sabe que han querido robarle?

—Porque estaba cerrado por dentro cuando llegamos a la puerta del camarote. Tengo varios testigos de ello.

—No se pueden llevar serpientes en el barco... —observó uno de los oficiales.

—Van bien guardadas en un baúl y, de no abrirle, no le hubiera pasado nada. Eso indica que iba buscando esa alhaja...

—¡Serpientes! —exclamó aterrada Alma—. ¿Es posible?

—¡Y cobra! —añadió el oficial—. Esa ha sido la cause de la muerte de ese hombre.

—¿Quién era?

—Un pasajero de segunda.

—¡Es muy extraño que haya llegado hasta allí la noticia de mi joya y que pudiera tener una llave de este camarote para entrar en él —dijo Joe.

—Desde luego, es muy extraño —dijo el oficial—. Alguien de esta parte del barco, estaba de acuerdo con él.

Helen miró a Arnold; este seguía blanco como la nieve.

Ella pensó que le había salvado la vida al querer salvar a Gordon.

De haberle permitido que entrara en el camarote de Joe, sería él quien hubiera muerto.

Eso era lo que sin duda pensaba Arnold para estar tan blanco.

* * *

El barco dejó el cadáver en Port Said donde se detuvo con este motivo más tiempo del habitual.

Helen había dado cuenta a Gordon de lo que había pasado y este comentó:

—Parece que ese Joe no es tan tonto como pensabais vosotros, que

habíais considerado a ese millonario como una presa fácil. No creo que nadie más intente robar esa joya en el barco.

La muchacha hizo lo que Gordon le pidió y sacó para él un pasaje con nombre supuesto.

Habíanse citado cerca de la casa consignataria del buque. En un bar.

Cuando Helen vio a un hombre que se acercaba a ella, sintió miedo.

—¿Has conseguido el billete? —dijo Gordon.

Estaba tan cambiado que no era posible reconocerle con el Gordon que había viajado en su camarote, aunque la voz era la misma.

—¡Estás mucho más feo así! —exclamó Helen sonriendo—. Esas gafas te afean mucho.

—Lo importante es que puedas estar tranquila el resto del viaje. ¿No miraste los documentos que te di para sacar billete?

—No.

—Pues míralos y verás que soy la persona a que se refieren los mismos. Mi profesión: periodista. De este modo no extraña de que vaya a cualquier sitio. Siempre hay justificación para que un informador realice los viajes más absurdos...

Helen se reía y estuvieron bebiendo juntos.

—Nos hemos encontrado por casualidad aquí, en este bar y al hablar de que vas en este barco, nos hemos hecho amigos... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella—. Has tenido suerte. Te han dado el camarote que está frente al mío...

—Consideras que es una suerte esa circunstancia, ¿verdad? ¿No será que eres tú la que has pedido un camarote que sabías iba vacío? Te lo agradezco mucho, porque así tendré justificación si me paso las horas a tu lado.

Ella no dejaba de reír.

—¿Y te quedarás en Ungama? He sacado billete hasta esa ciudad.

—¿Es el lugar de tu destino?

—Sí —respondió ella.

—Entonces, de acuerdo... Ya sabes que me da le mismo ir a un sitio que a otro... Y si quieres, te ayudaré a conseguir esa joya, pero si es para ti solo su importe...

—¡No!... Ya sabes lo que ha pasado...

—Ahora que sabemos hay cobras en ese baúl, será sencillo quedarse con la alhaja. No hay más que matar esas serpientes, en primer lugar...

—¡No ha de ser cosa sencilla!

—Ni muy difícil tampoco... Llevo armas y silenciador. Nadie oirá nada.

—¡No quiero que te metas en esto!

—¿Tienes miedo?... ¿Por mí?

—Si ello te alegra, confesaré que sí —contestó Helen.

—¡Gracias! He estado dudando estas horas... Ahora ya sé que me

quieres.

Dicho esto, Gordon marchó hacia el barco que estaba a pocas yardas.

Arnold se unió a la muchacha, a la que estaba buscando desde que salió de la nave.

—¡Hay que tener mucho cuidado ahora! —decía Helen—. Joe sabe que hay alguien que tiene interés en robarle.

—¡Si no te opones a entretener a Joe, me habrían matado a mí esas serpientes!... Debíamos suponer que la ha de llevar muy bien guardada esa alhaja tan valiosa... Claro que nunca pude pensar en una cosa así... lo que no comprendo es cómo pudo sacar la joya del baúl ante nosotros, sin que le pasara nada...

—Ha de ser cuestión de algún mecanismo que aísla los ofidios a capricho.

—¡Sí! Eso ha de ser... ¡Esto modifica los planes, hay que seguir detrás de él en África...!

—Allí será más difícil —observó Helen.

—La selva ha de ser nuestro ayudante más valioso...

—Yo me quedaré en casa de mis parientes.

—Tú irás con él, si te invita a seguir hasta la casa que tiene en el interior de la selva...

—¿Y si no me invita?

—Lo haces tú... Te aseguro que el cafetero y la millonaria no perderán el tiempo... Ese Gregory tiene plantaciones de café... Por eso se ha presentado ese granuja como mercader de esta clase... ¡Lo han preparado mejor que nosotros! Han pensado en la posibilidad de fracaso en el barco... Nosotros estábamos seguros de que llegaría a África sin la joya... y he perdido uno de los hombres más valiosos.

Helen abrió los ojos, asustada ante esta confesión.

—¡Sí!... No me mires así... Tenía prisa por robarla. Y no sé cómo no se me ocurrió a mí... Tal vez porque me dediqué a vigilaros. Cuando ibais a los camarotes di la señal de alarma a mi hombre... Debió precipitarse y encontró la muerte...

Hablaron más sobre esto y al llegar al barco, les saludó Joe cariñoso.

—¡Creí que no me dejarían en paz las autoridades!... —dijo—. ¿Un «cocktail»? —añadió, dirigiéndose a Helen.

—¡Encantada!

—¡Caramba! —exclamó Gordon—. ¡Otra vez nos encontramos...!

Helen dijo que le había visto en el bar y que manifestó ser periodista.

Joe le saludó con simpatía.

—¿No tienen inconveniente en que me una a ustedes para beber juntos? —dijo Gordon.

—En absoluto —respondió Joe.

Bebieron los tres en el bar americano del barco.

Cuando dijo Gordon el camarote que le habían dado, exclamo ella:

—¡Está frente al mío!

—¡Eso me alegra! —dijo Gordon.

—¡Y del mío! Voy al lado de esta joven —añadió Joe.

—¡Eso me alegra menos! —exclamó riendo Gordon.

Risa que se contagió a los otros.

Como nuevo viajero, le hablaron de lo que había pasado con la joya.

—¿Es que es tan importante como para jugarse la vida por ella?

—¡Es única en el mundo!

—Conozco la historia de todos los brillantes célebres en el mundo y no he oído nunca nada de esa...

—Esto es una agrupación de piedras de gran valor —explicó Joe—. Y no es conocida en Occidente porque fue robada hace muchos años en un santuario bantú.

—Me agradaría verla... pero después de lo sucedido, comprendo que no ha de ser posible...

—Esta noche... —dijo Joe—. Después de que estén todos en sus camarotes le enseñaré esa hermosa alhaja...

Gordon mostró su alegría.

Y esperaron a que fuera la hora propicia para ello.

Alma se había unido a ellos y Helen sufría al ver las atenciones que tenía con Gordon.

—Siempre es mejor que paseemos por parejas —dijo la millonaria—. Podemos bailar un poco antes de descansar.

Idea que fue aceptada en el acto por Gordon sin mirar a Helen.

CAPÍTULO IV

El cafetero se les unió en cubierta, pero al saber que iban a bailar, dijo que el baile no le había agradado nunca.

Alma demostró que era una mujer peligrosa para los hombres y Helen, que no la perdía de vista, se ponía nerviosa al ver las atenciones que tenía con Gordon.

—Parece que está nerviosa... ¿Quiere que dejemos de bailar y paseemos? —propuso Joe.

—No. Prefiero seguir bailando —contestó Helen.

Fue Alma, en su coquetería, la que pidió a Joe que bailara con ella.

Cuando Helen empezó a hacerlo con Gordon, le dijo:

—¡Parece que te agrada esa coqueta...!

—Es una mujer atrayente... y guapa. No puede negarse.

—Estoy arrepentida de haberte ocultado en mi camarote tantos días.

—¡No debes estar celosa!... No puede compararse a ti en nada.

—¿Celosa yo? —y se echó a reír a carcajadas.

—Me alegra que no lo estés. En cambio yo, creo que voy a golpear a ese tonto que lleva una fortuna en un baúl con serpientes.

—No negarás que es un joven atrayente y guapo, ¿verdad?

—¡No entiendo de esas cosas!

—¿No estarás celoso?

—Acabo de confesar que sí. ¡No quiero que bailes más con él! Está muy cariñoso contigo...

Terminó en ese momento el bailable y se reunieron los cuatro.

—Debíamos seguir paseando —dijo Helen.

Joe estuvo en el acto de acuerdo con la proposición.

Y una vez en cubierta, Alma acaparó a Gordon, segura de que Joe prefería a Helen.

Sentáronse en dos bancos distintos y Helen no hacía más que mirar a la millonaria y a Gordon.

—¡Esa mujer es una coqueta insoportable y atrevida! —exclamó Helen.

—Es lo que se llama una mujer moderna. Está acostumbrada a viajar mucho y nada tiene importancia para ella —dijo Joe.

—¡No nos va a dejar solos...!

—Tenemos los camarotes muy juntos... —dijo Joe—. Después de meternos en ellos podemos salir nuevamente. Es decir, pueden ustedes venir al mío.

—Entonces debemos marchar cuanto antes. Ya es hora de retirarse a

dormir.

Helen no podía contener su disgusto por la actitud de la millonaria con Gordon y estaba furiosa contra este por tolerar esas libertades que se tomaba la coqueta.

Se puso en pie, diciendo que era hora de retirarse.

Pero Alma dijo:

—Nosotros nos quedamos un poco más, ¿verdad?

Helen no comprendía que él aceptara. Sabía que habían de ir al camarote de Joe para ver la joya que tenía interés en conocer.

—Estoy cansado y, si no le molesta, me retiro también.

—Es usted terrible, *miss* Custer —dijo Alma—. Creo que este joven se ha enamorado también de usted... No ha hecho más que mirarla en todo el tiempo. No me ha prestado el menor interés... Debo estar perdiendo mis encantos.

—¡Es usted encantadora! —dijo Gordon—. Es que estoy cansado, discúlpeme.

Helen se sentía feliz.

Y se retiraron todos a descansar.

Pero a los pocos segundos de estar en el camarote Joe, Gordon y Helen, llamaron a este y apareció en la puerta Alma:

—¡Ah! —exclamó cómicamente—. ¡Perdonen! Venía a decirle que por la mañana, le espero para ir a la piscina.

—He invitado a estos amigos a tomar una copa de buen *whisky* que llevo. ¿Le gusta?

—¡Me encanta! —dijo Alma.

—Acompáñenos...

—A pesar de su cansancio —dijo a Gordon—, no ha desperdiciado la oportunidad de estar al lado de esta joven. Es una «competidora» difícil de vencer. Tendré que rendirme...

Cuando estaban bebiendo, dijo Alma:

—Ahora que estamos solos. ¿No querría enseñarnos otra vez esa alhaja?

Gordon intervino para pedir lo mismo.

Helen permanecía callada.

—¿Es que no tiene interés en volver a verla? A mí me encantan las piedras preciosas —añadió Alma—. Ya ve las que llevo siempre encima.

—Es una tentación para los ladrones... —dijo Gordon—. Como periodista, podría estar toda la noche relatando hechos y robos audaces...

—Volveré a enseñarles esa joya.

—¿No tiene miedo a que las serpientes hagan con usted lo que con ese otro?

Joe miró a la millonaria y dijo:

—¡A mí me conocen y no me hacen nada!

Alma trató de ir con él, pero la detuvo.

—Si ven extraños se impacientan y pueden herirme... ¡No se mueva de aquí!

Obedeció asustada Alma y Joe sacó la joya.

Al enseñarla, Gordon se echó a reír a carcajadas.

—¡Tiene gracia que se jueguen la vida las personas por conseguir un montón de piedras falsas!

Las dos mujeres se miraron asombradas.

Joe reía también.

—¡Buena vista tiene, amigo! Es cierto que es falsa... No me iba a poner en camino con una fortuna tan importante... Y veo que nuestra amiga también tiene miedo a los ladrones y lleva piedras falsas en vez de brillantes legítimos que tendrá guardados...

Ahora, Alma abrió los ojos con asombro y un poco de vergüenza.

—Es cierto que son copias de mis joyas... Las auténticas me las pongo pocas veces.

Helen era la más sorprendida de todos.

No se atrevía a decir nada. Estaba pensando en el hombre que había muerto por conseguir lo que no tenía valor.

—Parece un perito en piedras —dijo Joe a Gordon.

—Tengo costumbre de andar entre ellas. Estuve en una joyería antes de ser periodista...

Joe guardó la copia del ibumbuni y bebieron otra copa de *whisky* que, sobre todo las mujeres, la necesitaban.

—No podía ponerme en viaje con una joya como el ibumbuni después de lo que la Prensa habló de ello... Por eso, se me ocurrió hacer una copia y de este modo, si la robaban, no perdía nada. Les ruego que no digan nada de esto...

—¿Y la legítima —preguntó Alma.

—¡Está segura!

—Decía la Prensa que iba a devolverla a sus dueños... —añadió Alma.

—No sabía que había leído nada sobre esto... —dijo Joe.

—No es que lo haya leído... es que he oído Hablar de ello en el barco.

—Pienso devolverla. He venido a eso. Pero la joya legítima, está en África hace varias semanas.

—¡Ha engañado bien a los ladrones que embarcaron detrás de usted en busca de una oportunidad —dijo Gordon—. Lo que no comprendo es que estas mujeres, acostumbradas a ver brillantes buenos, no se dieron cuenta del engaño...

—Es una imitación bastante buena. Y aquí, como ve, hay poca luz... —dijo Joe.

—No sé si he cometido una indiscreción descubriéndole... Es que no he podido contenerme...

—Ha hecho bien... Será mejor que se enteren todos y así me dejarán

tranquilo.

—No lo espere... Le seguirán en África y la selva se presta a muchas celadas...

Estuvieron hasta altas horas de la madrugada.

* * *

—Y habéis hecho gastos enormes para encontraros con unas piedras falsas.

Y Gordon reía ante Helen.

—Era extraño y así lo he dicho, que se pusiera en camino con esa joya sin llevar a nadie con él... Pero después de lo que pasó con la serpiente, había que admitir que eran legítimas...

Se detuvo un momento y añadió:

—¡Y la lleva en ese baúl! No tomaría las precauciones que ha tomado para una falsificación.

Gordon quedó pensativo.

—Es posible que tengas razón —reconoció al fin.

—Pues claro que la tengo! —dijo Helen—. Es bien sencillo. Ese baúl tiene un doble fondo. En la parte superior va esa copia, sin defensa... El que fue a robar, se dio cuenta que era una falsificación y levantó la tapa que separa el otro fondo. Allí estaba la legítima, pero también la cobra, que la defiende. Por eso, él puede sacar sin peligro lo que nos ha enseñado...

—¡Lógico, desde luego! —dijo Gordon—. Piensas admirablemente. Pero ¿cómo sacas esa joya de allí?

—Lo que hay que hacer es seguir ese cajón... o baúl —añadió Helen.

—¿Qué parte llevas en este negocio? —inquirió Gordon.

—Lo que quiero es que se devuelva a su sitio...

Gordon abrió los ojos con asombro.

—Pero ¿es que no quieres robarla?

—Sí, pero para mí... Pienso engañar a los que me han pagado el viaje. Mis tíos tienen la otra parte que falta de ese ibumbuni... Hay un viejo bantú, Utakunúa, que es el que enterró parte de la joya... Trataré de convencerle para que me la entregue también...

—No lo comprendo... —dijo Gordon, dejándose caer en una silla de cubierta, donde estaban paseando.

—Es difícil comprenderlo sin conocer la historia de esta joya...

—¿Por qué no me la refieres, si es que la sabes tú?

—Ya te la referiré algún día...

—Ha de ser antes de que lleguemos a Ungama... y estamos cerca.

—¡Cuidado!... ¡Viene Arnold...!

El aviso llegó a tiempo porque Gordon no se había dado cuenta de ello. Arnold saludó a los dos jóvenes y dijo:

—Ya estamos cerca del término de nuestro viaje... ¿Usted sigue?

—Me quedo en Ungama —dijo Gordon.

—También yo... ¿Y usted, *miss* Custer?

—Lo mismo. Tengo mis tíos allí, que poseen casa en la ciudad y una plantación en la selva.

—Espero que nos veamos... Voy a recorrer esa zona, ya que me han dicho que hay plantaciones de caucho que dan buen rendimiento. Me hospedaré en un hotel de Ungama.

Arnold hizo seña a Helen de que quería hablar con ella.

Y la muchacha supo deshacerse de Gordon. Este, que se dio cuenta de la seña, facilitó la labor de Helen, alejándose de los dos.

Arnold, cuando se alejó Gordon, dijo:

—He pensado mucho en lo que me dijiste el día que os enseñó el ibumbuni otra vez y descubrió este muchacho que eran falsas esas piedras... Estoy seguro de que la joya verdadera va en el fondo de ese baúl con una cobra al lado.

—Es lo mismo que yo he deducido. Se lo decía hace poco al periodista.

—No debes hablar con desconocidos de este asunto...

—¡Si sabe lo que pasó con la cobra!... Está de acuerdo conmigo también.

—Hay que avisar a Ungama por radio para que estén preparados a seguir a Gregory tan pronto desembarque a fin de que no nos vea a nosotros y sospeche la verdad...

—Me parece que se ha dado cuenta de que somos unos ladrones —dijo ella.

—¿Crees que sospecha de ti?

—Estoy segura. Por eso trato de estar poco con él. No quiero que siga sospechando.

—Lo que haces con esta actitud, es que sospeche más, porque se dará cuenta de que ahora, que sabemos son falsas las piedras, ya no le prestas la atención que antes. ¡Lo que sucede es que te estás enamorando de ese periodista!

—¡Eso es cuestión mía! —replicó Helen.

—¡No hay sitio para el amor en esta empresa! —advirtió Arnold.

Helen guardó silencio. No quería discutir con Arnold sobre este tema.

Dio instrucciones para el radiotelegrama que debía enviar a Ungama.

Nada más separarse Arnold, volvió Gordon a la silla próxima a Helen.

—¿Está disgustado? —preguntó a la muchacha.

Ella no se atrevía a decir a Gordon la verdad.

—Está furioso por el engaño de Gregory. Y me ha dicho que ha pensado mucho en ello, hasta llegar a la misma conclusión que yo he sacado...

—Pues es posible que él se diera cuenta de que habrían de pensar así y no lleve, como supones, la verdadera joya en ese baúl.

—Estoy casi segura de que la lleva.

Cuando la muchacha quedó libre de Gordon, marchó a la cabina de la radio para cumplir el encargo de Arnold.

No había dicho a Arnold que le extrañaba que el telegrama fuera dirigido a su tío precisamente.

Pero la primera vez que habló con él, le dijo:

—¿Es que mi tío está metido en todo esto?

—Él es quien nos ha pagado el viaje... —dijo Arnold—. Y se va a enfadar mucho cuando sepa que no hemos conseguido nada...

—No me dijo que interviniera nadie más que yo la última vez que estuve aquí y supongo que por eso me buscaron ustedes en Londres...

—Así es... Parece que lo que se propone es que se recupere lo que tanto interesa a usted...

A Helen le extrañaba que le hablara así Arnold, cuando hasta entonces lo hizo con más confianza.

Algo empezó a bullir en su imaginación. No comprendía que su tío se gastara tanto dinero para ayudar a que ella recuperase unas joyas que valían tantos millones...

La última vez que habló con ellos sobre esto, le dijo su tío que los Gregory y Thomson, de Londres, poseían la mayor parte del ibumbuni... Había vivido ella en los medios del hampa con objeto de trabar conocimiento con quienes se atrevieran a entrar en esas mansiones para robar lo que le interesaba a ella.

Así era como había conocido a los amigos de Arnold.

Era una locura lo que se proponía y ya en Londres había desistido, cuando recibió una visita que le habló de las alhajas tan ansiadas por ella y le comunicó que iba a salir de viaje Joe Gregory con ellas.

Ahora sabía que todo era obra de su tío Jack, hermano de su madre.

Decidió referir todo esto a Gordon para que él la aconsejara, pues empezaba a tener miedo de su familia.

Recordaba a Hank, su primo, que le hizo el amor todos los días que estuvo en Ungama la última vez.

Tenía la impresión de que se trataba de un hombre calculador y frío. Cruel. Gozaba con martirizar a los animales...

Y esa misma noche, sentados en cubierta y en voz muy baja, le fue refiriendo su historia.

Gordon escuchaba en silencio.

—No me atrevo a aconsejar en un asunto tan delicado... Me gustaría estar a tu lado en esa casa... ¿No hay algún medio para que me invites?

—De aquí a que lleguemos, pensaremos entre los dos algo —dijo ella.

CAPÍTULO V

El barco quedaba en el centro de la bahía y numerosas embarcaciones a los costados de la nave, llevaban mercaderes que ofrecían a los pasajeros lo que se producía en esa tierra.

Los oficiales no dejaban subir a nadie.

Los pasajeros que tenían que desembarcar allí, hacían los preparativos y los que embarcaban, se dirigían al barco en toda clase de embarcaciones.

Uno de los oficiales se acercó a Joe, que estaba con los amigos de travesía para decirle:

—Lamento comunicarle que todo su equipaje que iba en consigna, ha sido abierto, rompiendo para ello las cerraduras... La Compañía le pagará lo que le falte, a no ser alhajas, que debió depositar en la caja y dinero.

—No creo que se hayan llevado nada —dijo Joe—. Lo que buscaban no estaba allí.

Y al decir esto, miró a los que estaban a su lado.

—Supongo que se habrán llevado una gran decepción —añadió Joe—. ¡No han encontrado lo que buscaban!

Nadie de los que le rodeaban dijo nada.

Helen estaba preparada para desembarcar, así como Gordon, que se hallaba a su lado.

—¡Míster Gregory! —decía un marinero—. Al ir a buscar su equipaje al camarote, hemos encontrado una serpiente muerta en el piso y el baúl destrozado por dentro.

Joe se echó a reír a carcajadas.

—¡Otra desilusión! —exclamó entre las risas.

Helen miraba a Gordon: estaba sorprendida.

Su teoría, sobre la que tan segura se hallaba, había fracasado también.

Y casi podría asegurar que había sido obra de Arnold, que no quería dejar escapar la oportunidad de robar la joya, aprovechando que estaban viendo la bahía la mayor parte de los viajeros.

Vio aparecer a Arnold y por su rostro sombrío comprendió que no se había equivocado al pensar en él.

—¿No se han llevado la joya que tenía en el baúl? —dijo al camarero.

—Si se refiere a un animal raro de piedras en color... está en el camarote tirado también...

—Recójnlo y métnlo en el baúl... —dijo Joe—. Debe ser desesperante hacer un gasto tan enorme como supone este viaje en clase especial, para no conseguir nada. ¡No creo que se metan en la selva detrás de mí!... Eso

es muy peligroso para quien no conozca ese bosque traidor y, sobre todo, por las armas que llevaré conmigo y los del equipo que me acompañarán.

Como se quedaban varios de los pasajeros, no se despidieron en el barco, diciendo que se verían en la pequeña ciudad marítima.

Se oía hablar a las personas que ocupaban las embarcaciones en distintas lenguas.

Había árabes, portugueses, alemanes, holandeses y naturales...

Una vez en el muelle, Helen fue recibida por una señora y un joven que la acompañaba.

—Me han dicho que ha venido con vosotros Joe W. Gregory, un amigo de mi padre —dijo el joven—. ¿Es verdad?

—Sí —respondió Helen.

—¿Le conoces?

—Sí.

—¿Quiere presentárnoslo? Su padre es muy amigo del mío y de mi madre.

Helen buscó a Joe con la mirada y al verle le llamó.

Hizo las presentaciones y le invitaron a pasar unos días en la casa de los Burkon.

—Nos telegrafió tu padre anunciando tu llegada y esperábamos que fueras por casa...

—Pensaba ir —dijo Joe—. He de pedirles una cosa...

—Lamentamos no tener lo que nos pedía tu padre. Ya te explicaremos...

Helen aprovechó para decir que había invitado a Gordon y fue aceptado.

Una vez todos en la casa de los Burkon, se instalaron con las comodidades de una casa moderna.

Por todos sitios había signos de riqueza en los más pequeños detalles.

El más agasajado de todos era Joe.

Se habló durante la comida de lo que había pasado en el viaje con el ibumbuni falso y Joe reía, satisfecho de lo sucedido.

—Debían imaginar —dijo Hank— que no es posible viajar con una riqueza como esa... Son muchos millones de dólares y más de uno de libras lo que vale. Sería una locura ponerse en camino con esa joya... Por lo menos a la vista de todos, como esa falsa que hizo moverse a los ladrones y descubrir sus propósitos. Te habrás reído mucho de ellos.

—Así es... Me hacía gracia cómo me rodeaban de atenciones, en espera de la oportunidad que yo sabía no habían de tener...

—¿Cómo has conseguido hacerla llegar? —dijo Hank.

—Es posible que no haya llegado aún... —dijo Joe—. Puedo haber venido para explorar el terreno y ver si encuentro antes lo que falta y que contaba hallar parle de ello en esta casa.

—Hace tiempo se lo llevó Utakunúa. Solo él ha podido robarlo, porque

era el único, con tu padre y Thomson que sabía que estaba en esta casa.

—¿Dónde podré encontrar a Utakunúa? —dijo Joe.

—Con sus antepasados —respondió Hank—. Apareció muerto en la selva.

—¿Le mataron?

—Nadie sabe nada... Su hijo Bingo no sabe nada tampoco...

—Hablaré entonces con el hijo —dijo Joe.

Gordon, después de comer, paseaba por la casa mientras la mayoría dormía.

Oyó una conversación y se acercó lentamente.

Estaban hablando en Bantú y era Hank el que lo hacía con un criado negro.

Gordon se retiró para que no le vieran.

Joe dijo al día siguiente que iba a marchar hacia la plantación que tenía su familia más al sur de Ungama, en plena selva.

Y acompañado por Gordon, estuvo haciendo los preparativos para el viaje que había de ser largo y contrató a los guías necesarios y los hombres de carga para los víveres y su equipaje.

Preguntó dónde podría encontrar a Bingo, ya que iba a salir para la selva.

—No suelen decir los negros dónde viven... Bingo no habita en tribu. Vive solo con su familia y un sobrino, Mapapo, que es un muchacho inteligente. Este es el que suele venir por aquí alguna vez. Han de vivir muy lejos, debajo del Kilimanjaro, en la otra vertiente... Es lo que una vez dijo Utakunúa a mi padre... —contestó Hank.

Gordon pidió a Joe que demorase la salida unos días para ir con él.

—Hemos sido invitados a casa de los Burkon, en la selva. Creo que tienen una hermosa casa en la plantación... —dijo.

* * *

Los elefantes llevaban la carga y, a veces, a las personas.

El viaje era largo y el camino difícil para los que no estuvieran acostumbrados.

Todos los hombres llevaban rifles de repetición y fusiles modernos.

Gordon llevaba uno de estos con doce balas en el cargador y una lente telescópica con telémetro.

Hank, al ver este fusil, se acercó a él para curiosearle.

—Parece un buen fusil y un tirador bueno puede cazar leones a distancia que no suponga un peligro en el caso de fallo y quedar solamente herida la fiera.

Los negros, conductores de los animales, iban en cabeza.

Las tiendas de campaña en los descansos, eran de lona embreada y con un doble techo de paja para que el sol no entrara en ella.

Había que acampar en los claros del bosque por temor a las panteras y los leopardos, que de rama en rama podrían acercarse de no ser así.

La primera noche que pasaron en el campamento, Helen se puso al lado de Gordon, que fumaba una pipa, sin soltar un momento su rifle y eso que llevaba colgado a la derecha un hermoso «Colt» de cañón largo y gran alcance.

Iban todos con pantalón corto y altas botas de piel para protegerles de las posibles mordeduras de serpientes pequeñas que abundaban, y que aunque el veneno de que estaban dotadas sus bocas, no era fuerte, producía molestias y náuseas.

El calzado era de piel especial de cocodrilo reforzado, que no traspasaban los dientes finísimos de estas serpientes.

La noche era hermosa.

—Si no fuera por tanto mosquito como hay... —decía Helen.

—Fuma un cigarrillo de estos... El humo les alejará. Son especiales para este clima... Yo no me quito la cachimba de la boca, precisamente por ello.

Helen obedeció.

Se levantó el espeso mosquitero de una tienda y salió Hank para decirles:

—¿Es que no pensáis dormir?

—Ahora... Es que se está muy bien aquí —dijo Helen.

Los negros estaban juntos, a unas yardas de distancia y para ellos no había tiendas ni mosquiteros. Estaban acostumbrados y resultaba su piel inmune a las picaduras.

Se oyó el rugido, muy próximo, de una leona.

Helen se asustó.

—No te preocupes... No vendrá hasta aquí... Los animales de la selva, todos ellos, sin excepción, huyen de lo que les extraña... Solamente cuando están en celo y pasas cerca de sus cachorros, acometen para defenderles.

—Parece que conoce África —dijo Hank extrañado.

—He leído y escrito mucho sobre esta tierra —dijo—. ¿Es que no es cierto lo que estoy diciendo?

—¡Ya lo creo! Por eso me extraña... —añadió Hank.

Se oyó a pocos pasos el himplar de una hiena.

—Ya tenemos a esas sucias vecinas esperando que quede algún trozo de carne de la comida —dijo Gordon—. No tengas miedo... El peligro con ellas existe si te haces una herida... Olfatean la sangre y la podredumbre a muchas millas de distancia.

—¡Mira! —exclamó Helen cogiendo las manos de Gordon—. ¿No ves allí? Hay dos cosas luminosas que se mueven de cuando en cuando... En aquel árbol...

Miró Gordon y dijo:

—Algún leopardo que contempla el espectáculo de este campamento...

—Siempre me dan miedo esos ojos brillantes... No creas que no conozco estas selvas... He pasado mi niñez en ellas, pero he perdido el hábito.

—Debemos tener leones cerca... Los elefantes están intranquilos —observó Gordon.

Hank dijo:

—Parece que se aprendió bien lo que leyó...

—He tenido siempre buena memoria...

—Pero hay una cosa que no se aprende en los libros —añadió Hank.

—¿Cuál?

—El manejo de las armas... Las fieras de la selva no son como los hombres, que se asustan de verlas.

—Eso es cierto —dijo Gordon.

—¡Me están poniendo nerviosa esos puntos brillantes! —exclamó Helen.

—Voy a espantarles... —dijo Gordon, cogiendo el fusil que tenía al lado.

—¡No dispare de noche! Se asustarían todos —advirtió Hank—. Y no va a conseguir nada...

Volvió a dejar el fusil donde lo tenía antes.

Y minutos después se retiraron los tres a descansar.

A la mañana siguiente, recogieron el campamento y cargaron los elefantes.

Llevaban víveres a la plantación.

Cuando iban a empezar a caminar, dijo Gordon:

—Falta uno de los portadores. ¿Le ha pasado algo?

—No creo que falte nadie —dijo Hank mirando a Gordon.

—Hay un portador menos. El que falta es el más alto de todos. Por eso me he dado cuenta de ello.

Hank habló en bantú a los negros y dijo a sus acompañantes:

—Dicen que se ha vuelto a Ungama. Tenía razón que faltaba uno. Yo no me había dado cuenta de ello.

Al empezar a caminar, invitó Hank a la muchacha a que subiera a un elefante.

Pero Gordon le dijo en voz baja con rapidez:

—Di que prefieres caminar un poco a mi lado.

Y así lo hizo la muchacha.

—No podrás soportar mucho tiempo el calor —dijo Hank.

—Mientras caminemos bajo los gigantescos árboles y las lianas espesas no será mucho el calor que haga —dijo Gordon.

Hank no insistió. Dio instrucciones a los negros para que caminaran más deprisa.

Una hora más tarde se detenían los conductores.

Por delante pasaba una manada de antílopes y de cebras a galope.

—¡Bybumbuni! —gritaban los guías.

—¡Kammapa! —decían otros.

—¿Qué dicen? —preguntó Helen.

—Leones y una serpiente gigantesca. La llaman Kammapa, como en su mitología, debido a que, según esta, se comió al mundo una vez.

—Ese cuento, lo he leído hace tiempo y me hacía mucha gracia —dijo Gordon—. Dicen que era un animal prodigioso y tan largo que ni los ojos del más lince podían abarcar las dos extremidades. Se comió a todo el mundo y solamente una mujer quedó con vida. Esta se fue a concebir y dar a luz un hijo a un viejo establo de terneros después de permanecer oculta una temporada para no ser devorada también por Kammapa. Al nacer, lo hace el niño con unos amuletos y adivinatorios al cuello. Entonces la madre decide ponerle por nombre: Litaolatné «el Divino». Y empieza a temblar por las circunstancias en que ha nacido y dice que de nada le servirán los amuletos frente a Kammapa. Pero al ir en busca de restos de estiércol para hacer una cama al infante, se encuentra al volver que el hijo se ha convertido en hombre y pregunta a la madre a qué se debe la soledad que reina. Ella le dice que poco antes estaba la tierra poblada de seres, pero que Kammapa los ha devorado a todos. Como el animal estaba cerca, el hijo de la única mujer viva, coge un cuchillo y lo acomete; pero Kammapa abre sus fauces y le hace entrar entero, pero como llevaba el cuchillo, rompe las entrañas de la fiera, que muere entre terribles rugidos. Al abrirse paso dentro del animal, oye protestas de los que como él están vivos en el interior. Consigue hacer una abertura y por ella salieron las naciones y los pueblos...

—Es interesante ese cuento mitológico —dijo Helen.

—Se refiere en la tribu de los sesutos desde hace miles de años^{1} —dijo Gordon.

Hank no hacía más que mirar, sorprendido, a Gordon.

—No había oído nunca ese cuento completo —dijo.

—Es la teoría de los sesutos sobre el origen del actual mundo. Cada tribu tiene la suya y hay algunas que son tan originales que uno duda del salvajismo de esta gente.

Los de los elefantes seguían detenidos.

La serpiente a que llamaban Kammapa, como los sesutos, colgaba amenazadora de un árbol y solo tenía los ojos como entrada para la bala que la matara porque el cuerpo lo tenía protegido con unas escamas como conchas, de una dureza extraordinaria.

Frente a estos animales, los cuchillos de selva que llevaban los negros no hacían nada y esa era la razón de que estuvieran detenidos.

Debía tener seis o más metros de larga y un espesor de cuarenta centímetros de diámetro.

Son pocos los que restan de estos ejemplares, que dicen los especialistas, son reminiscencias de los gigantes pobladores de la tierra en la época preglaciaria.

Su enorme cabeza achatada estaba poblada de una especie de cabello que la hacía más repugnante. Y se decía de ella que era acometedora y valiente.

Ninguno de los animales que poblaban la selva se atrevía a enfrentarse con ella y esa era la causa de que los leones huyeran.

Lanzaba un profundo siseo al tiempo de hacer salir el tridente de la lengua y mostraba amenazadora unos afilados y fuertes dientes, capaces de hacer el efecto que la boca de los cocodrilos.

Gordon se acercó a los asustados portadores que tenían su carga en el suelo.

Detrás de Gordon iba, como inconsciente, Helen.

Este se echó el fusil a la cara y los negros gritaron en su idioma que no disparase porque no hacía nada e iba a incomodar a Kamma.

Gordon les mandó callar con el gesto y estuvo apuntando mucho tiempo en espera de que la cabeza de la serpiente quedara en reposo algunos segundos.

Todos los testigos estaban sin respirar.

Las fauces abiertas eran una tentación para Gordon y estaba seguro de que si conseguía meter la bala en ellas, moriría. Esperar a que dejara la cabeza quieta para buscar uno de los ojos, era difícil y la capa que les cubría era a veces tan dura como la escama del cuerpo.

Apuntó más serenamente y al tener las fauces dentro de la cruz del telescopio telemétrico, oprimió el gatillo y el disparo retumbó entre los árboles milenarios.



Levantó su rifle...

La serpiente, alcanzada en el lugar deseado, cayó entre movimientos enormes, que cortaban ramas y arbustos hasta quedar en quietud absoluta.

Gordon se acercó a ella y apreció lo enorme que era ese animal, que ya estaba muerto.

CAPÍTULO VI

Ante los ojos asombrados de los negros, se había convertido Gordon en un nuevo Litaolané mitológico.

Helen palmoteaba gozosa por el éxito del disparo.

Hank le felicitó efusivamente.

—Veo que no has aprendido a manejar las armas en los libros. Ha sido el mejor disparo que he visto hacer —decía Hank.

—He tenido mucha suerte —respondió Gordon.

—No hubo suerte. Hay habilidad —añadió Hank.

Vista de cerca, la serpiente era más imponente aún que cuando colgaba del árbol.

—Debe pesar unos cien kilos —dijo Joe—. Buen ejemplar para disecharla y conservarla en una colección.

Continuaron el viaje sin que dejaran de comentar la muerte de ese animal.

—Es uno de los peores enemigos de esta selva —dijo Hank—. No se había visto hace mucho tiempo nada parecido a él.

Helen seguía caminando al lado de Gordon.

Este iba pendiente de Hank que miraba con atención a la selva, especialmente a los árboles, diciendo que temía a cada momento encontrarse con otra serpiente como la muerta.

—¿Está muy lejos la plantación? —inquirió Gordon.

—Faltan dos días para llegar a ella —respondió Hank.

Y no pasó nada hasta que volvieron a acampar.

—Estoy seguro que te hallas muy cansada —dijo a Helen su primo.

—No lo creas... Esperaba cansarme más.

—Nos queda la parte más difícil de la selva hasta llegar a la casa.

Las jirafas galopaban, asustadas por su natural desconfianza que no dejaban acercarse a ellas a mucha distancia.

Los antílopes también corrían al ver hacerlo a las del cuello largo.

Se veían restos de haber acampado otras veces allí.

Latas de conserva vacías tiradas por doquier.

Se montaron las tiendas de campaña sin poner la paja en la parte superior, ya que solamente iban a pasar allí la noche.

En la tienda que servía de comedor a todos, estuvieron conversando después de cenar y tomar una olorosa taza de café del país, muy bien tostado.

Helen era la única mujer que iba en la expedición y Hank trató esa

noche de ser el que conversara con ella.

Gordon hablaba con Joe y no quiso que Hank le odiara más si no le dejaba estar a solas con su prima.

—Es una pena —decía Hank— que se haya perdido la oportunidad de conseguir la parte de ibumbuni que falta...

—Pero, no has dicho que la que tenía tu padre ya no la tiene.

—Así es... Debió robarla Utakunúa el día que estuvo en la plantación hablando con mi padre.

—¿Por qué teníais interés entonces en haceros con esta otra parte? ¿Es porque ella sola vale más de quince millones de dólares?

Hank miró asombrado a su prima y respondió:

—¡Quién te ha dicho que ofrecen esa cifra por la parte que tenía Gregory?

—Lo ha dicho su hijo en el barco —dijo la muchacha.

—El interés de mi padre por esa joya, es solamente por ti...

—Creo que debieras ser sincero conmigo... Conozco a tu padre y no le considero capaz de hacer un gasto como el de los viajes para que yo pueda tener la satisfacción de devolver al santuario lo que costó la vida de mi padre. No está claro quien le mató. Alguien que quiso quedarse con esta joya.

—Lo que no comprendo yo —dijo Hank— es que después de que costó la vida a tu padre, quieras entregar lo que no te pertenece... He dicho a mi padre que si fuera yo, no te ayudaría a esa locura. Ya ves si soy sincero, y si consiguieras esa joya, tendrías que luchar conmigo para entregarla...

—Tú sabes que hasta que no se entregue esa joya, no sabremos dónde está el hijo de Thomson, que se quedaron los sacerdotes de ese santuario con él.

—Debe ser feliz convertido en un salvaje más y hasta es posible que disfrutara dándose un banquete con tu carne.

—No son antropófagos los negros de esta zona. Lo he oído decir muchas veces a mi padre... Cuando vino para tratar de hacer la devolución de la joya, que era más de su padre que de vuestros abuelos, estuvo hablando conmigo. Me dijo que tu padre y los otros estaban dispuestos a hacer la devolución y fue cuando entregó la parte que él conservaba... En la huida, desapareció el hijo de Thomson, que había de tener ahora y tendrá, si es que vive, los mismos años que yo. Dos días después de esa desaparición, mataban a mi padre. No he conseguido ver a Utakunúa, pero confío en que su hijo Bingo me diga lo que sepa de esa muerte. Su padre debió decirle la verdad. Uno de los que iban con mi padre dijo algo, pero tenía mucho miedo y no fue todo lo claro que era necesario... Por eso quiero devolver esas alhajas y que me digan la verdad sobre la muerte de mi padre, cuyo cuerpo no apareció...

—¡Ya sé que lo que esperas; que no haya muerto tu padre!... Se lo he

oído decir a mi padre, pero este asegura que murió...

—No iban a entregar la joya... Iban a engañar a Utakunúa y sacarle la parte que conserva él, que es la más valiosa... Es cierto que tengo esperanzas de que mi padre no haya muerto y lo tengan prisionero hasta que esa joya vuelva a su sitio... —dijo Helen.

—No debes hacerte ilusiones, porque será peor...

—Pero mientras no tenga confirmación de su muerte, habré vivido con esta ilusión que la alienta.

Hablaban animadamente y la muchacha, al emocionarse, levantó la voz.

Gordon acudió a su lado.

—¡No es nada! —dijo Hank—. Es que estamos hablando mi prima y yo de lo que nos interesa...

—Podemos hablar ante él. Le he referido en el barco todo lo que me pasa y piensa como yo... Que mi padre vive aún.

—Se ve que conoce poco a los bantús si dice eso. Son sanguinarios —dijo Hank.

—Pero ellos quieren por encima de todo tener esa joya otra vez... Lo que deben hacer, es devolverle la parte que ustedes conservan.

—Dice que se la robó Utakunúa —dijo Helen.

—Me va a permitir que lo ponga en duda —repuso Gordon.

—¡No le permito que dude de mi palabra, por muy amigo que se haya hecho de mi prima, que es una inocente y que no se da cuenta de que lo que se propone es quedarse con esa joya, si los que la tienen fueran tan tontos de dársela a ella!

Gordon miró con atención a Hank.

—¡Tengo la impresión de que es usted un cobarde! —exclamó sereno.

Hank no se movió, pero habló en bantú a los portadores.

—¡Si uno de esos hombres hace un movimiento que me parezca sospechoso, le mato a usted!

Y Gordon hizo salir el «Colt» que llevaba en la funda.

El cañón de este revólver apuntaba al pecho de Hank y este se puso muy blanco.

—¡Soy un invitado de su madre y de usted y eso impide que le mate ahora, pero me parece que ha de llegar un día en que tenga que hacerlo!

Helen les tranquilizó a los dos.

Gordon volvió a la tienda de campaña y Hank a la suya.

Helen quedó muy disgustada y pensativa.

Tenía miedo de su primo y de la familia de este.

Como no podía dormir, Gordon salió de la tienda para fumar al aire libre.

Pensaba en lo que había pasado con Hank y contemplaba de vez en cuando las constelaciones de La Cruz, Escorpión y Centauro, buscando a

Antares que era la más brillante de todas las estrellas, que le hacían guiños, cuando su fino oído oyó el ludir de un cuerpo arrastrándose por la tierra.

Empuñó con firmeza el fusil y miró con atención.

El cuerpo de un hombre se arrastraba hasta la tienda de Hank, en la que entró.

Le imitó Gordon y arrastrándose también, llegó hasta la misma tienda, escuchando lo que hablaban en voz baja Hank y su visitante.

Apretaba los dientes con rabia, pero se contuvo, y eso que hubo de hacer un gran esfuerzo para no entrar disparando sobre los dos.

Cuando el visitante de Hank salía de la tienda en la misma forma que llegó, Gordon le siguió a distancia.

Había dejado el rifle junto a la tienda de Hank para caminar mejor.

El visitante iba metiéndose en el bosque.

Cuando estaban a una distancia que consideró Gordon prudente, extrajo el cuchillo que llevaba en una funda colgando del cinto y lo lanzó contra el negro, que quedó boca abajo sin exhalar una sola queja.

No podía dejarle escapar ya que las instrucciones que llevaba, eran las de disparar sobre Helen y sobre él en un lugar que no conocía Gordon.

Si le detenía llamándole, llamaría la atención del campamento y se exponía a que disparara sobre él como respuesta.

Llevaba un rifle de repetición en la mano derecha

Lo irguió Gordon y lo lanzó muy lejos de allí, hacia la parte en que no irían.

Del cadáver, estaba seguro que se harían cargo las hienas de él, no tardando mucho.

Recuperó el cuchillo y volvió al campamento.

A la mañana siguiente no sabía si decirle a Helen lo que había pasado, pero para no asustar a la muchacha más de lo que ya estaba, decidió guardar silencio...

La joven le saludó al verle salir de la tienda.

Hank se acercó a los dos, diciendo:

—Creo que anoche perdí un poco los estribos... Tenéis que perdonarme los dos... Os confesaré que había abusado un poco de la bebida...

—Todo está olvidado, ¿verdad, Gordon? —dijo Helen.

—En efecto —respondió Gordon mirando a Hank a los ojos.

Se levantó el campamento y de nuevo pusieron en marcha.

—Parece que Hank está muy contento esta mañana —comentó Helen.

—Ya lo veo.

—Se ve que está arrepentido de lo que pasó anoche —dijo ella.

—Es posible —respondió Gordon.

Pero cuando se detuvieron para comer, Hank estaba preocupado.

Gordon, que estaba pendiente de él, le veía nervioso, mirando a los

árboles como si esperase descubrir a su emisario.

Gordon sonreía.

Mirando a los portadores negros, dijo:

—Falta otro de los muchachos. A este paso, llegaremos nosotros solos.

—Es posible que se haya retrasado —dijo Hank—. Es uno que bebe mucho y que roba bebida siempre que puede... Tal vez se haya quedado dormido...

Gordon no hizo más comentarios, pero a medida que seguían avanzando, tras la comida, la preocupación de Hank aumentaba.

Estuvo hablando con los portadores por si sabían algo del que faltaba.

Con esto, pensaba Gordon, se justificaba ante todos.

Pero vio que hablaba más tiempo del conveniente con otro de los negros.

Decidió vigilar a este negro atentamente y no perderle de vista.

Cuando iban caminando, la carga de este negro rodó por el suelo y Hank, como jefe de la caravana, dijo:

—Nada de detenerse nadie para esperar a ese... Que se una a nosotros antes de acampar. Por la cuenta que le tiene, lo hará... —y movía la fusta.

Helen, que iba en un elefante, fue llamada por Gordon.

Ella le tendió los brazos para que la cogiera.

Hank no se había dado cuenta de ello, porque iba delante.

El bosque era muy espeso y solo podía verse al que se tenía muy cerca.

—¡Que nadie se separe del camino! —había dicho—. El camino es el que sigue el que va delante de cada uno. Es muy difícil en la selva encontrar las huellas de los que anteceden a no ser que se les siga con la vista. La hierba vuelve a ponerse como antes de ser pisada... Y como no hay necesidad de emplear el cuchillo de bosque porque los pasos están hechos de antes...

Pero estas palabras indicaban que era fácil seguir por ese camino a los demás.

Por eso Gordon se detuvo. Se había dado cuenta de que había cometido una contradicción.

Una vez Helen en el suelo, la cogió en vilo y le dijo:

—¡Cállate!

Y se metió en la selva unas yardas apartados del camino y le hizo señales de silencio.

Se oía el rumor de las conversaciones que se alejaban.

Subió a la muchacha al tronco de un arbusto retorcido y nudoso.

Después lo hizo él a su lado.

Ella le miraba intrigada, pero pocos minutos más tarde vio al negro al que se le había caído la carga, que corría sin nada de esta por el mismo camino que llevaban los de la caravana.

En la mano llevaba una caña de poco más de un metro de larga.

Descendió con rapidez Gordon, sin hacer el menor ruido y marchó detrás del negro.

Helen quedó asustada. Se oían los rugidos de las fieras.

Cuando regresó Gordon a los pocos minutos, pero que a ella le parecieron horas, le dijo:

—He tenido que matarle, porque iba a hacerlo con nosotros dos.

Ella le miraba sin dar crédito a lo que oía.

Para que pudiera comprenderle mejor, explicó lo que había pasado la noche antes.

—¡No es posible que Hank quiera que me maten!... No le he hecho nada.

—¿Quieres descubrir quién mató a tu padre?

—¿No decías que no estaba muerto?...

—Bueno, quiero decir el que le robó lo que era suyo... Esto demuestra que han sido tus parientes los que le robaron... Ahora quieren matarnos para que Joe quede en sus manos sin un testigo que pueda decir que vino con nosotros. Lo que llevaba ese negro en la mano, era una cerbatana y en ella iba una pequeña púa de espino, envenenada. Apenas si nos hubiéramos dado cuenta de lo que pasaba y el veneno habría hecho efecto en pocos minutos.

Helen no podía volver en sí. El miedo se apoderaba de ella.

—¡Tienes que tranquilizarte! Les hemos de dar guerra. El cobarde de Hank ha de morir... No puedo matarle ahora para que su padre nos reciba bien. Pero lo haré, porque si no lo hago, será él quien termine con nosotros... Ahora vamos a incorporarnos a ellos. Te haces la coja cuando esto suceda y dices que te torciste un pie y no puedes caminar con facilidad.

Y cogiendo en brazos a la muchacha corrió cuanto le era posible.

Hizo que mirase en dirección contraria cuando pasó sobre el cadáver del negro. No quería que le viera.

Los de la caravana seguían el camino sin preocuparse de los de atrás.

Hank no hacía más que hablar a Joe para que fuera distraído.

Gordon y la muchacha se unieron a la caravana y sin decir nada siguieron con ellos.

Puso a la muchacha sobre el elefante otra vez, y él caminó a su lado.

En un claro de la selva, se detuvo Hank para esperar a los otros.

Se dio cuenta Gordon de la sorpresa que había en los ojos de Hank al ver a los dos jóvenes.

No comprendía aquello. Pues había tiempo más que suficiente para que su emisario hubiera cumplido la misión que le había encomendado.

Y se puso nervioso, aunque la selva guardaba bajo cada hoja de helecho silvestre la mayor sorpresa en forma de serpiente o víbora y en las lianas que colgaban de los árboles, alguna araña de las venenosas.

Se trataba de dos conocedores de la selva...

Estaba nervioso, pero ni Gordon ni ella daban señales de saber nada.

No podían saberlo tampoco porque habló siempre en bantú con los negros.

Gordon se decía que estaba cometiendo una gran torpeza al no matar al culpable de los dos intentos de asesinato.

Ella estaba tan asustada que no reaccionaba con normalidad, pero fue tranquilizándose a medida que miraba a Gordon. Este le sonreía haciendo señales de que no tuviera miedo.

Los monos seguían a distancia, de rama en rama, a la caravana entre chillidos y las infinitas aves ponían la nota policroma de su plumaje y la sinfónica de sus trinos y, como música de fondo, los lejanos rugidos de las fieras.

Era la balada de la selva.

Iba disminuyendo la espesura y aminorándose algo el concierto selvático.

Hank anunció que ya estaban cerca de la plantación.

Pero esto, suponía para Helen un mayor peligro y tenía miedo de llegar.

Gordon no dejaba de mirarla para darle ánimos.

Joe seguía con Hank, conversando siempre de cosas de la selva uno, y de Londres el otro.

Se detuvieron para hacer recuento de los que faltaban y con la esperanza, Hank, de que los dos que había echado de menos, se hubieran incorporado.

Eran los de mayor confianza suya. Y habrían sido capaces de hacer lo contrario que ordenara su padre si él se lo pedía.

—Tenemos unas millas en las que no hay árboles... Dura, por lo tanto, para los no habituados, a pesar del salacot —dijo Hank—. No debes caminar ahora, Helen, sigue en el animal con la protección de esa especie de palio...

La muchacha miraba a Gordon en espera de que le dijera algo.

Pero este se mantuvo sereno y le sonreía simplemente.

—No es él quien da órdenes aquí —dijo Hank un poco nervioso— y me he dado cuenta durante el viaje que no haces nada más que lo que él dice.

—Hemos hecho un viaje de muchos días juntos... No debe extrañarle —dijo Gordon.

CAPÍTULO VII

El padre de Hank saludó correcto a los viajeros y miró a su hijo de una forma que Gordon captó la enorme censura que había en tal mirada.

La casa era un verdadero palacio de madera y cañas.

Protegía la misma una doble cerca de cañas puntiagudas en lo alto.

Cañas fuertes, muy fuertes, de bambú, con las que los naturales construían sus lanzas guerreras.

Cerca, que tenía por finalidad la protección de la casa, de las visitas de los leones y de los tigres que, en su valor y audacia, solían llegar a las viviendas para llevarse la carne tan apetecida por ellos, como la de vaca y en todas las viviendas de los colonos blancos no podía faltar este animal.

En la parte inferior de esta cerca, colocaban el «moorko» que era una especie de salvado del sorgo después de fermentado este para la fabricación de una cerveza que los naturales hacían desde milenios, sin que se haya podido averiguar el origen de ello.

Estos residuos de la harina fermentada, el «moorko», era repelente para las víboras en especial y de este modo, evitaban que pudieran meterse entre las cañas.

Y a pesar de esta medida de precaución, aún se extremaba más, poniendo las vacas lejos de las viviendas, pues ellas atraen a ciertas serpientes, muy amantes de la leche, que la extraen de estos animales, con tanta suavidad que no oponen la menor resistencia.

Burkon se mostraba cariñoso con su sobrina y a Joe le dijo:

—No he tenido tiempo de responder a tu padre que no tenía ya la parte de la joya que le interesa... ¿Has traído tú lo que él tenía?

—Sí —respondió Joe—. Pero no lo traigo aquí. Está depositada en un lugar seguro en Ungama.

—¿En Ungama? —dijo extrañado Burkon.

—Sí... Desde allí lo llevarán a nuestra plantación para salir desde allí en busca del santuario de donde salió esa joya...

—¡Nadie sabe dónde está ese santuario! —dijo Burkon.

—Yo lo encontraré... Tengo instrucciones para ello de mi padre.

—Él no lo pudo encontrar nunca y lo intentó en mi compañía varias veces.

—Después, ha encontrado unos datos en las notas de su padre... Cuando haya conseguido lo que falta de la joya, yo la llevaré a su sitio...

—¿Te ha dicho mi hijo lo que ha pasado con la parte que yo tenía?

—Sí.

Gordon estaba pendiente del padre y del hijo, que de vez en cuando se miraban de un modo especial.

Instalaron a los tres invitados y cuando se hubieron bañado, sentáronse a la mesa en la que se les sirvió un verdadero banquete.

La presencia de Gordon era lo que no comprendía muy bien Burkon, pero su hijo indicó que había sido deseo expreso de Helen el que se le invitara.

—Para mí, como periodista, es un asunto muy interesante la devolución de esa joya a su santuario y, con toda la historia completa de estos años, haré una serie de artículos, más interesantes para los lectores que los relatos de una cacería —dijo Gordon.

Era una sorpresa, para Gordon especialmente, encontrar una perfecta instalación eléctrica y oír música por radio.

Y mayor sorpresa fue cuando le sirvieron la bebida helada, así como la fruta.

—No echan de menos nada de la civilización —comentó Gordon.

Burkon no hacía más que mirar atentamente a Gordon.

Estas miradas estaban poniendo nervioso al joven.

—No hago más que mirarle, porque su rostro me recuerda a alguien conocido —dijo Burkon.

—¿Ha estado antes en África? —preguntó Hank.

—Ya le he dicho que no... pero he leído todo lo que se ha escrito sobre ella.

—Conoce muy bien las costumbres de los animales —dijo Hank a su padre— y la mano es segura con las armas... Ha matado una enorme Kammapa de un solo disparo en la boca.

Burkon abrió los ojos con asombro.

—Desde que estoy en África, y son muchos años ya, una sola vez encontré la Kammapa y era hermosa también, por cierto, pero no me atreví a disparar sobre ella, a pesar de que me consideraba uno de los mejores tiradores... ¡Le felicito! ¡Es una proeza de la que muy pocos pueden alardear de ella!

—¿No sabes, tío, dónde podré encontrar al hijo de Utakunúa?

—Bingo es un ser muy extraño... —respondió Burkon—. No creo que te sea fácil dar con él y si lo consiguieras, no lo pasarías bien. ¡Cuando yo, que parezco nacido en estas selvas no me atrevo a ir en su busca...!

—Es que Helen piensa que su padre vive y que está en la selva como el hijo de Thomson... —dijo Hank.

—¡Eso es una tontería! —dijo Burkon—. Tu padre era un conocedor de estos parajes y se habría escapado de ser así... ¿Es por eso por lo que quieres buscar a Bingo?

—Es para que me entregue lo que conserva de esa joya... Tengo el presentimiento de que la libertad de mi padre, depende de ella.

Burkon se echó a reír.

Una vez terminada la comida, dijo Burkon a Hank:

—Puedes llevarles al poblado de los basutos... ¡Es interesante para ellos!

—¡Está muy lejos? —preguntó Helen—. No he venido a hacer turismo, tío. He venido buscando algo...

—Creo que no es aquí donde debías hallarlo... —dijo intencionadamente Burkon.

—También había algo que coger aquí... —añadió Helen.

—Eso lo habrás decidido en el viaje... Parece que estabas muy tranquila en la metrópoli sin acordarte de ese deseo que ahora sientes de hacer la devolución de una joya...

Como esto era cierto, guardó silencio la muchacha, avergonzada.

Gordon sonreía al apreciar las fatigas de Helen.

Ella pensaba que era cierto habersele ocurrido lo de la devolución de la joya durante el viaje y en el caso de que se apropiaran de la parte de la misma que llevaba Joe.

Salieron a conocer la plantación y los negros que trabajaban en ella les miraron con gran interés, sobre todo a la muchacha.

Hank les golpeaba con la fusta para que siguieran trabajando sin mirar a los blancos, cosa que les estaba prohibida en la plantación.

Eran seres que no habían salido de la selva y se consideraban felices con hallar a la hora de comer para saciar su apetito y tener unas horas para descansar.

Vivían con sus familias en chozas al estilo indígena. Estas viviendas se hallaban en los límites de la plantación, pero ya en la selva.

Había veces que era preciso caminar durante horas para llegar a la parte en que tenían el trabajo.

Había en la plantación tabaco y café. Más de aquel que de este.

Burkon les dijo que había intentado el caucho, pero que no le daba resultado.

Unos millares de hectáreas componían la propiedad de Burkon que adquirió su padre por el solo hecho de establecerse y señalar los límites que le interesaban.

Pero el hijo la había ampliado considerablemente.

Al principio había luchado con los basutos que se establecieron en una tierra que no era la suya, pero más tarde, de estas tribus obtuvo la mano de obra que precisaba y eran más de un centenar de trabajadores los que ocupaba a diario.

La selva impedía que llegaran a por los productos, los interesados, con camiones, teniendo que ser arrastrado por elefantes.

No era posible en un breve paseo, llegar a los límites de la plantación ya que la casa estaba ubicada en el centro geográfico de la misma.

Había negros y negras para el servicio de la casa.

Helen se mostraba inquieta y, al llegar la noche, la habitación que le había sido destinada, no podía cerrarse por dentro y solo tenía como puerta, un tablero de madera, especie de bastidor, sobre el que se extendía una finísima tela metálica para impedir la entrada de los mosquitos que eran la verdadera tortura de ese clima.

Se dejó caer vestida sobre el lecho.

La habitación en que había sido instalado Gordon era la más distante a la suya y esto la disgustaba mucho, ya que la proximidad del joven la animaba y fortalecía.

Todos los rumores que los habitantes de la selva, no tan cerca, hacían, y de los animales que se movían en la plantación, la tenían desvelada.

Con los ojos abiertos y tendida boca arriba en el lecho, pensaba en los últimos acontecimientos y cada vez estaba más segura de que estaba enamorada de Gordon y por eso le echaba de menos cuando no estaba a su lado.

Se preguntaba si le sucedería lo mismo a él.

Muy tarde ya, se quedó al fin dormida.

Gordon estaba desvelado también y como no le era fácil conciliar el sueño, saltó por la ventana para no molestar a nadie y se puso a pasear.

Se detuvo al ver a los Burkon que iban hacia una de las construcciones que estaba aislada.

No se atrevió a seguir detrás de ellos, aunque era fácil esconderse entre las altas plantas de tabaco.

Pensaba qué era lo que podían tener allí. Esa visita nocturna indicaba que había de ser algo importante para ellos.

Esperó a que salieran por si el oído podía captar algo de lo que hablaran.

No fue mucho lo que tardaron y mientras, se había acercado bastante Gordon para el propósito que le animaba.

Le asustó el paso de un animal por encima de sus pies hasta que se dio cuenta de que se trataba de una mangosta domesticada de las que en toda casa de la selva hay, por el ser el enemigo más eficaz contra las serpientes venenosas.

Para ello tienen que ser educadas, aunque es instintivo el odio que sienten contra ellas. Y a pesar de su pequeño tamaño y aspecto de topo o de ardilla, sin la cola de esta, resultaba casi siempre triunfadora en la lucha a muerte con las serpientes.

Cuando salieron los Burkon iban hablando en basuto y no en inglés.

Si hubieran sabido que Gordon escuchaba y entendía esa lengua, no lo hubieran hecho.

Lo que Gordon escuchó le puso nervioso.

Ello le obligaba a poner en guardia a Helen para que no aceptara el

viaje que su primo iba a proponerle, para tratar de averiguar algo de Bingo en el poblado de los basutos.

Los criados que habían traído desde Ungama hablaban bantú y los Burkon empleaban entre ellos el basuto.

Dejó que entraran en la casa y entonces, se encaminó a la vivienda visitada por ellos.

Abrió con toda precaución una ventana, pero se encontró con que detrás de la celosía de cañas y de tela metálica, había madera sólida debidamente cerrada.

Su cuchillo era muy fuerte y tal vez pudiera con el mismo forzarla, pero esto dejaría huellas y se darían cuenta que era obra suya.

Dio vueltas a la casa. Y como estaba, como todas las construcciones de esa latitud, a varios pies del suelo, se metió debajo en busca de algún medio para forzar una de las tablas del piso por la que pudiera entrar.

Trabajo con rapidez y pudo al fin entrar en la vivienda, que era sencilla según pudo comprobar con un fósforo en la seguridad de que todo estaba herméticamente cerrado.

Nada anormal había en esa única habitación que parecía una especie de sala de lectura, ya que había estanterías con libros junto a las paredes.

Cuadros con retratos y paisajes.

Se detuvo ante uno que reproducía la célebre joya en todas sus partes.

Dio un salto de modo instintivo al oír el siseo de una enorme serpiente que se acercaba curiosa o hambrienta a él.

Cuando encendió otra cerilla para ver bien, la serpiente se replegó sobre sí atemorizada.

Vio la llave de la luz y encendió, pero en el acto volvió a apagar al darse cuenta de que la luz se vería por debajo de la casa, por faltar la tabla que le había permitido entrar.

En los breves segundos que estuvo encendida, había visto hasta cuatro serpientes. Las cuatro habían levantado algunas pulgadas de su cuerpo del suelo para mirarle curiosas.

Se decía que era preciso volver, pero provisto de la linterna que llevaba en su equipaje.

Salió otra vez y colocó la tabla casi lo mismo que estaba. Confiaba en que no volvieran hasta pasados unos días y que le dieran tiempo para hacer un registro concienzudo, llevando varias mangostas de las que había en la casa.

Con esos habitantes, no se podía hacer nada que no fuera perder la vida o verse obligado a disparar sobre ellas armándose el natural alboroto.

Regresó a la casa y se echó en la cama, quedándose dormido.

Por la mañana buscó a Helen.

Ya estaba desayunando con su primo en el comedor.

—Me alegro que te hayas levantado —dijo Helen—. Vamos a ir hasta el

poblado de los indígenas para ver si tenemos alguna noticia de Bingo. Hank cree que allí saben algo de él...

Gordon recordaba la conversación de la noche anterior.

—Yo no puedo ir con ella —dijo Hank— porque me odian los naturales, ya que para hacernos respetar, he de pegarles con frecuencia con la fusta... Pero uno de los capataces irá en su compañía.

—¿No habrá peligro para ella? —dijo Gordon con naturalidad—. Yo no me fiaría de estos salvajes que miran nuestras carnes blancas casi relamiéndose.

—No hay peligro por parte de ellos —afirmó Hank—. Pero si lo desea, puede acompañarla. ¡Irá más segura a su lado!

Gordon captaba la satisfacción que había en las palabras de Hank.

—Creo que no debe ir... —dijo Gordon.

—Es que si hay noticias de Bingo... —dijo ella.

—No creo que las haya... Les interesa tanto como a ti a tus parientes. Y de ser así, lo habrían averiguado ellos.

—Nosotros no tenemos el mismo interés que Helen en el hallazgo de Bingo.

—Mi opinión es que no debes ir, pero si lo deseas de veras, te acompañaré.

El rostro de Hank se iluminó con una alegría mal disimulada.

Joe dijo que no iba y que se proponía marchar de allí muy en breve.

Cuando estaban preparando la salida con el capataz de Burkon, un negro corpulento y muy alto, como la mayoría de los basutos, llamado Atungu, llegaba el safari en que se presentaba Alma la millonaria y el cafetero Golding.

El jefe de los acompañantes, es decir, del safari, era un blanco, holandés, gran conocedor de las selvas de esa parte.

Los Burkon les miraron con extrañeza.

Alma saludó a Hank, al que había visto en el muelle y después lo hizo a Joe, al que dijo:

—Marchó sin despedirse de nadie. Y eso no está bien. Me ha invitado este amigo para que conozca la selva en su salsa y al saber que venían a casa de los parientes de Helen, decidí acompañarle.

Los Burkon miraban a los componentes del safari.

—¡Muchos hombres traen!... —dijo el padre de Hank—. ¡Hola, Van Host!

—¡Hola, Míster Burkon! —dijo el holandés—. Me han contratado por si hemos de llevar fardos con café... Es un comerciante inglés, paisano suyo...

—Tengo un comprador fijo. Usted lo sabe —respondió Burkon—. Debió decirselo.

—Me gano la vida de este modo. Quería venir y le he traído.

—¿Es que no nos invitan a pasar? —dijo Alma.

—¡Ah! Sí, perdonen —dijo Hank.

Alma saludó a Helen y a Gordon le dijo:

—Parece que no hace más periodismo que seguir a esta muchacha...

—¡Esto es muy interesante para los lectores de Europa! —repuso Gordon.

Al beber *whisky* con soda, Alma demostró su admiración con gritos de entusiasmo.

—¡Si tienen hasta hielo! ¡Esto es admirable!

Burkon sonreía satisfecho.

—¿Así que no quiere venderme café? —preguntó Golding.

—Ya te he dicho que tengo un comprador fijo... Tal vez le conozca; se trata de Cooper...

—¡Ya lo creo! —exclamó Golding.

—Me agrada hayan venido, porque así iré con ustedes hasta Ungama. He de salir desde allí para la plantación que tenemos más al sur. Desde aquí es mucha selva. Y no todos los habitantes, son como en esta parte de Kenia.

—¿No hay ríos que ayuden a cruzar el interior de esta zona? —inquirió Gordon.

—¡Es verdad! —dijo Hank burlón—. Nos hemos olvidado del lector.

Gordon siguió hablando y Van Host dijo:

—¿Es que conoce esta región y la del Victoria? Todos esos ríos existen y se puede navegar por ellos. Hay embarcaciones que se alquilan. También en el Tanganika. Y tengo amigos...

—Es posible que me ponga de acuerdo con usted —dijo Gordon—. Me interesa hacer un recorrido por el interior para informar a mis lectores.

—He acompañado a otros periodistas y he de confesar que son los clientes que más me interesan. No les importa la caza y huyen de todo peligro. ¿Ha traído máquina fotográfica?

—Sí. Una buena de verdad. La tengo en las maletas.

Helen estaba sorprendida de que hubiera adquirido tantas cosas en Port Said.

—¿Conoce a los basutos que dice míster Burkon están muy cerca? —dijo Gordon.

—¿Cerca? Hay una semana de camino y con dificultades... Es una tribu que vino hace años en busca de trabajo y se ha quedado por aquí, pero está siempre en lucha con los demás. Arondo Jenu, su reina o jefe, es más cruel que todos los hombres juntos...

Gordon miraba a Burkon.

—Para averiguar lo que interesa a mi sobrina, no hace falta llegar hasta el poblado... Hay otros que están antes y viven en chozas, cultivando maíz.

—Eso es cierto —dijo el holandés—. Pero no se puede fiar uno de ellos...

—Son amigos de mi capataz —dijo Burkon.

—Eso es otra cosa.

Las palabras del holandés tranquilizaron a Helen.

Y Gordon dijo que iría con ella hasta esas chozas.

El holandés, Alma y Golding fueron invitados a pasar dos días en la casa.

Alma empezó a coquetear con Hank, que la encontraba muy bonita, pero le agradaba más su prima, aunque el padre quería eliminarla.

Alma no habló una sola palabra de la joya, dando a entender que ya había olvidado ese asunto.

Atungu seguía haciendo los preparativos para el viaje.

Gordon estuvo a su lado para recordarle lo que se le olvidara al negro.

Este era parco en palabras porque no eran muchas las que conocía.

Cuando lo tuvieron todo preparado, se despidieron de los que quedaban en la casa.

El holandés comentó:

—Ese muchacho me parece conocido... aunque diga que no ha estado por aquí. Es decidido y valiente...

—Mató una Kamma de gigantesca de un solo disparo en la boca.

—Para conseguirlo —añadió el holandés— hay que tener seguridad y sobre todo una serenidad a prueba. Son muy pocos los que pueden decir en África que han hecho lo mismo.

—Posee un magnífico fusil de gran alcance —dijo Hank.

—Ya me he fijado en él, pero aun así hay que ser muy sereno...

—También esa muchacha es decidida —dijo Alma por Helen—. Yo no me metería con un negro en esa tierra desconocida y llena de peligros.

—Está enamorada del periodista —comentó Burkon.

Siguieron los comentarios mientras los viajeros cruzaban la plantación.

Llevaban dos elefantes, cedidos por Burkon.

CAPÍTULO VIII

A las diez horas de haber abandonado la casa, se detuvieron a descansar.

Gordon estaba pendiente de Atungu. No perdía su menor movimiento.

Gracias a esta atención tan severa y constante, se dio cuenta de que llevaba una calabaza que supuso era el agua, en uno de los elefantes.

Varias veces trató Gordon de acercarse a la calabaza que con tanto interés cuidaba Atungu.

Cuando se plantó la tienda de campaña para pasar la noche, Gordon miró a la calabaza.

—¿Llevas agua en esa calabaza? —preguntó al negro.

—Agua no... Aquí...

Y golpeaba un barril que había puesto al lado de la tienda.

Supuso Gordon que lo que había hecho el capataz, era robar *whisky* a Burkon y se echó a reír.

Y se afirmó en este criterio al ver que el negro se llevaba la calabaza con él.

Para comprobar si se trataba de bebida alcohólica, siguió al negro sin que este se diera cuenta.

Atungu estaba echado en unas mantas y la calabaza al alcance de la mano.

Regresó junto a la muchacha, que tenía miedo y le dijo lo que sospechaba de Atungu.

—¡Déjale que beba...!

—Es que sería peligroso para nosotros si se embriagase... No se puede ir por la selva a merced de un borracho. Y mucho menos con una mujer tan bonita como tú...

Agradeció Helen estas palabras sonriendo y dijo:

—¡Adulón!

—Tú sabes que es cierto.

Llamó Gordon para que se preparara la comida.

Atungu preparó la mesa y aprovechó Gordon, mientras estaba distraído el negro, para ir donde tenía la calabaza con objeto de verter parte del líquido o dejársela tumbada y abierta.

Allí, donde la había visto, seguía la calabaza.

La cogió para hacer lo que pensaba y le extrañó que pesara tan poco.

La luna era hermosa y se veía con bastante claridad.

Sonó junto al oído y al moverla oyó el siseo característico de una

serpiente.

Se puso furioso, porque comprendía lo que iba a hacer.

Pondría esa víbora en el lecho de la muchacha para que apareciera como un accidente de la selva.

Sentía deseos de correr hacia el negro y disparar todas las balas de su revólver.

Regresó dejando allí la calabaza, que se dio cuenta tenía unos pequeños respiraderos.

Pensaba en lo que debía hacer para que Hank se pusiera nervioso.

Y una idea que consideró la mejor, cruzó por su mente.

El negro ni le miró siquiera.

Comieron los dos en la mesa y el negro a unas yardas.

Cuando terminaron, dijo Gordon al negro que preparara las camas.

No entró pava ver lo que hacía. Le dejó en libertad mientras fumaba su cachimba. Ella fumaba un pitillo.

Estuvieron conversando algunos minutos.

Atungu les dijo que ya estaban preparadas las camas, indicando cuál era la de ella y la de él.

La tienda estaba separada en el centro, formando dos habitaciones independientes.

—¿Están bien hechas? —dijo Gordon—. Veamos. Entra...

El negro entró confiado.

Una vez dentro, dijo Gordon en basuto ante el asombro enorme del negro:

—¡Échate en esa cama! —y le apuntaba con el «Colt».

Helen estaba en la parte exterior, pero al oír a Gordon hablar en el idioma del negro, entró, asombrándose de la escena.

Atungu miraba sin comprender a Gordon... Entendía perfectamente lo que decía, pero le extrañaba que hablara su idioma tan bien.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

—¡Este asesino que quería matarte con una víbora que ha metido en tu cama! ¡Son órdenes de tu primo! Y no esperaré más; he de matarle...

Mientras hablaba, empujó violentamente a Atungu haciéndole caer en la cama preparada para la muchacha.

Trató de incorporarse, pero le empujó nuevamente y entonces lanzó un terrible grito de espanto.

Se levantó de un salto felino y salió corriendo.

Gordon disparó dos veces sobre la víbora a la que mató.

—Si le ha mordido, no llegará muy lejos —dijo Gordon—. Y si no llegó a morderle no se presentará más en la plantación.

—¡Qué cobardes son esos parientes!... —decía Helen—. No puedo seguir al lado de ellos... Terminarán por matarme...

—¡No lo harán porque les voy a matar yo a ellos! Ya estoy bien seguro

de que lo que se proponían era asesinarle... Si no les hubiera oído anoche hablar a los dos, no hubiese podido sospechar de ellos y habría creído que era un accidente... ¡Cobardes!

Salieron al exterior y sintieron compasión de aquel hombre, lleno de vitalidad minutos antes, que estaba en el suelo, muerto.

—Lo que no comprendo, es la rapidez con que han encontrado la víbora más cruel —decía Gordon.

—¿Qué hacemos ahora?

—Volver a la casa y diremos que Atungu ha sido mordido por una víbora. Llevaremos el cadáver para que lo confirmen. Así no sospecharán que estamos enterados de sus proyectos...

—Intentarán otra cosa... —dijo asustada Helen—. Lo que tengo que hacer, es marchar de esa casa...

—¡Nos iremos con el holandés, pero después de matar a esos cobardes!

Recogió Gordon las cosas y las cargó, ayudado por ella, en los elefantes.

Cada uno iba en un animal, poniendo delante al que el negro llevaba.

No necesitaban dirigir. Los paquidermos les conducirían sin error a la casa.

Y así sucedió.

Al otro día al caer la tarde llegaban allí.

Al verles, salieron todos a recibirles.

Hank decía:

—Pero ¿qué ha pasado?

—Una víbora que ha mordido a este hombre y murió en pocos minutos.

El holandés se acercó para ver el cuerpo del negro.

Gordon había recogido la víbora, que mató.

—Esta ha sido la que le mordió.

El holandés miró el animal y dijo:

—¡Es extraño!... No hay por aquí estas víboras... Son de más al interior.

Se encuentran cerca de donde hay agua...

—El regadío de la plantación es lo que la ha debido traer —dijo Hank.

—Pero no estaría tan lejos... ¡Es muy extraño! —añadió el holandés.

Gordon miraba a Hank, que se puso nervioso.

El padre de este, no lo estaba menos.

Las palabras del holandés hicieron que Gordon hablara más tarde con él sobre lo mismo.

—No comprendo que donde dice sucedió el accidente, hubiera esa víbora... Y no hay duda de ello, porque la mató usted.

Gordon sentía deseos de decir la verdad al holandés.

Y por la noche, cuando estaban fumando una pipa cada uno, paseando por la plantación, le confesó la verdad.

El holandés se quitó la pipa de la boca y dijo:

—¡Eso es un crimen horrendo!

—Que merece un castigo ejemplar... —añadió Gordon—. Les voy a matar a los dos... y van a morir como querían que lo hiciera su sobrina... ¡Creo que sé de dónde ha salido esa víbora y hasta la razón de que las tengan!

No dijo más.

Acababa de pensar que ese áspid había salido de la casa en que él estuvo y donde debían tener guardada la parte de la joya que decían haberle sido robada.

El holandés estaba furioso por el intento de asesinato de la muchacha.

Dijo a Gordon que podía contar con él.

Se les unió Helen, que les había visto paseando desde la ventana de su cuarto.

—¡Tengo mucho miedo! —exclamó—. ¡No me atrevo a estar sola un minuto!

—Comprendo que tenga miedo, *miss* Custer —dijo el holandés—. Acaba de decirme lo que ha pasado con el negro Atungu...

—¡No me es posible quedar dormida! ¡Hemos de marchar de aquí!

—¡Un poco de paciencia!... No podemos marchar de aquí sin castigar a los que han querido asesinarte.

—¡Allí viene Joe! —dijo Helen.

Este llegó todo nervioso y dijo, dirigiéndose a Gordon:

—No aguanto más... He encontrado en mi cuarto una víbora como la que has matado tú y que costó la vida del negro. Eso es obra de estos cobardes.

Helen miraba sorprendida a Gordon.

—¡Ya no tiene remedio! —exclamó sonriendo Gordon—. Será mejor que sepas la verdad... Mi nombre verdadero es Joe W. Gregory... Este amigo se prestó a ocupar mi puesto para que yo pudiera descubrir en el barco a los que irían con el deseo de robar lo que había de traer... Me puse en el bar que estaba al lado de la casa consignataria o armadora en espera de una oportunidad para la comedia que tenía preparada y que has vivido a mi lado... Tienes que perdonarme, porque si te he engañado todo este tiempo, he llevado mi castigo al enamorarme de ti... Estos cobardes de parientes tuyos, conservan la parte de la joya que tenían y me parece que sé dónde la esconden. Allí es donde hay más víboras de esas... Querían demostrar a Van Host que hay por aquí también. No quiero que puedan matarte por suponer que soy yo, Leo. Ha terminado la comedia. Voy a decir a estos cobardes que soy yo Gregory... ¡Queda contratado conmigo, Van Host! Iremos a buscar el santuario de Ibumbuni...

La muchacha no sabía qué decir.

Era demasiado asombroso lo que acababa de oír.

—Ya me parecía que le había visto antes —decía el holandés—. He visto fotografías tuyas en revistas inglesas referentes a cacerías en África.

—Eso era lo que temí que sucediera con los que habrían de acudir al barco.

—A quien peor le va a sentar esta noticia —dijo al fin Helen— es a esa millonaria. Creerá que yo estaba en el secreto.

—¿Y qué habrá sido de tu compañero? —preguntó a Helen.

—Ha de estar en Ungama con mi tía. Son estos los que han planeado todo. Querían matarnos a los dos... y quedarse con la joya que no les has dejado capturar.

Y Helen se echó a reír.

El holandés pidió detalles de esa joya de que hablaban y le refirieron la historia de la misma.

Prometió ayudarles.

Hank se acercó a ellos riendo y dijo:

—¿Es que no quiere dormir ninguno?

—Es que parece que las víboras, poco frecuentes en esta parte de Kenia, se han dado cita en esta plantación —dijo Gordon o Joe, puesto que ya sabemos que es él.

—¿Han visto alguna otra?

—Y en la cama de este amigo —añadió señalando al que se había hecho pasar por Joe.

—¿Es extraño, desde luego, que suceda eso!

—Esto mismo es lo que opina Mr. Van Host que es un gran conocedor del terreno.

—¿Comprende ahora por qué no queremos meternos en las habitaciones? Es posible que haya otras más en la cama de cada uno... ¡Es extraño que una víbora tan desconfiada se meta bajo las mantas de las camas —dijo otra vez.

—Desde luego que es muy extraño. Aunque alguna vez las hemos visto en la casa.

—¿Es que no hay mangostas en esta casa? —dijo Joe.

—Hay varias...

—Pero en estos momentos han debido ser retiradas, ¿verdad?

—Suelen llevarlas a las viviendas de los negros algunas veces...

—Sin duda ha sido hoy el día elegido por usted para eso, ¿no?

—No sé qué es lo que quiere decir, pero debe darse cuenta que me está molestando —replicó Hank, orgulloso.

—No se moleste por tan poco... Es mucho lo que me falta por decir... Empezaré añadiendo que es usted un cobarde y un asesino...

Hank se sintió un poco asustado al verse rodeado de rostros hostiles.

—¡Caballero!

—¡Déjese de frases!... ¡He dicho que es usted eso, porque estoy dispuesto a matarle!... Durante el camino ha tratado dos veces de que asesinen a esta muchacha. ¡Dos veces y gracias a que me di cuenta y maté

a los cobardes que se prestaban a hacerle el juego! Les oí hablar a su padre y a usted de eliminar a esta joven y cuando habló de que Atungu iba a ir con ella, supuse que se proponía hacer algo... Le vigilé y le sorprendí con la calabaza y la víbora dentro de ella. Le obligué, cuando la había puesto en la cama de Helen, a que se echara en ella. La consecuencia fue el cadáver que hemos traído para que fuera enterrado aquí... Y ahora aparece otra en el cuarto de quien han creído que era Joe. ¡Joe W. Gregory soy yo! Fíjese bien en mí los pocos minutos que le quedan de vida... He visto dónde tienen la otra parte de la joya que dicen haberle sido robada. Allí es dónde están esas víboras... pero me llevaré eso que no es suyo después de colgarle a usted y a su padre...

—Debe estar equivocado. Yo no he hablado de matar... Hablo siempre en bantú con mi padre cuando estamos solos o en basuto... No puede haberme oído, por lo tanto, decir lo que afirma y que...

Joe le interrumpió y siguió hablando en basuto y en bantú.

Hank comprendió que era verdad que les había oído...

Pero Joe no bromeaba y con la pistola con silenciador que llevaba en el barco, disparó varias veces sobre Hank, que cayó muerto.

—¡Cobarde, traidor y asesino! —decía Joe, conforme disparaba sobre él después de estar en el suelo.

—¡Debe tranquilizarse y tener mucho cuidado! Si el padre se da cuenta de lo que ha pasado, nos atacara con todos los negros que tiene en la plantación.

Joe miró al holandés y dijo:

—¡No le daré tiempo a que lo haga!

Y echó a andar hacia la casa.

Los otros le siguieron, curiosos.

Joe al llegar a la casa, se encaminó al cuarto de Burkon.

Tenía la puerta cerrada por dentro.

Llamó y al responder Burkon, dijo Joe que necesitaba hablar con él y que su hijo le llamaba.

Cuando abrió la puerta el dueño de la casa, se encontró con una pistola que le apuntaba al pecho.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Tranquilícese!... Es que va a cambiar de cama... Se va a meter en la destinada a otra persona...

—¡Van Host! —decía Burkon—. Usted me conoce y debe ayudarme. ¡Le daré muchas libras...!

—No hay nadie que pueda ayudarle. Lo que le pido no tiene importancia. Solo que cambie de cama con este.

—¡No!... ¡No! Me morderá la serpiente...

—¡Cobarde! —dijo Joe—. Sabía que hay una serpiente en esa cama, ¿verdad?

—Pero yo no he sido quien la puso... Han sido los criados...

—¡Embustero!... ¡Criminal! —gritaba Joe—. Iban a matar a un inocente... Soy yo Joe W. Gregory... ¡Yo! Y le aseguro que no matarán a más...

—No debes matarme... Te daré la parte que conservo... y la que tenía Utakunúa... Las guardo en una vivienda aislada. Podemos ir los dos para que la cojas, pero no me mates... Confieso que me cegó la ambición de tener toda la joya para venderla.

—¡Sé dónde está la parte que tiene! —dijo en basuto Joe—. ¿Se da cuenta que he comprendido lo que hablaba con su hijo?

El oírle hablar así le asustaba tanto como la pistola que empuñaba.

—¡Quisieron asesinar a una mujer joven que no les había hecho nada, después de hacerla embarcar para que me robara la parte que teníamos nosotros! No merece vivir...

Burkon dio un salto hacia atrás y saltó por la ventana abierta.

Pero dos disparos hechos por Joe le alcanzaron antes de caer al otro lado.

Y allí quedó para no levantarse más.

Cuando llegaron junto a él, comprobaron que estaba muerto.

—¡Buen pulso! —comentó Van Host.

—No tenemos tiempo que perder —dijo Joe—. Hay que ir a esa vivienda y encontrar la joya que guardan allí.

Alma y Golding dormían tranquilamente, sin enterarse de nada.

Joe mató las serpientes con la pistola y silenciador, que guardaban la caja que conservaba la parte del ibumbuni que poseía Burkon.

—¡Encárgate de esto! —dijo al que se había hecho pasar por él.

—Tenemos que salir antes de que los trabajadores se den cuenta de lo que ha pasado —decía Van Host—. Si enterramos a los Burkon, es posible que crean marcharon con nosotros. Una vez en la selva, ya no les tememos. Somos muchos y vamos mejor firmados que ellos.

Y Joe estuvo de acuerdo con el holandés.

CAPÍTULO IX

Alma no salía de su asombro cuando supo que Joe W. Gregory no era el que ella había sometido a un bombardeo constante de coquetería.

Mientras caminaban alejándose de la plantación de los Burkon decía a Joe:

—¡Bien me ha engañado! Creía que era ese el que tenía esa joya tan bonita.

—Para una mujer que viaja por placer y que cuenta el capital por millones, como usted, poco puede importarle eso.

—No es que me importe... Es que no me agrada que se me engañe... Sin embargo, ahora que lo sé, me hace gracia.

Y Alma se reía, en efecto.

Golding decía:

—No quiero verme complicado en la muerte de esos personajes. Habrá que dar cuenta a las autoridades inglesas de Ungama...

—No creo que le interese puedan descubrir que no es comerciante en café ni en nada... Son demasiado curiosos los policías de la metrópoli y por radio se les pedirá detalles de su persona, así como de su negocio de café...

Golding quedó silencioso unos minutos.

—Nada tengo que ocultar de mi personalidad y es cierto que soy un comerciante en café.

—¡Está bien! Iremos a la policía, no se disguste. Soy yo el más interesado en ello. Pero de aquí a Ungama, debe pensarlo bien...

Golding hablaba más tarde con Alma.

Joe les vio hablar y no concedió importancia a este hecho.

Pero ella decía a Golding:

—Se ha dado cuenta de nuestras intenciones y tal vez nos ha oído hablar en el barco, como no nos preocupábamos de él. ¡Nos engañó admirablemente! Nosotros vigilábamos al falso Joe y, mientras, él nos observaba a nosotros.

—¡No podemos abandonar la empresa! ¡Ahora ya tiene la joya completa!... —decía Golding.

—Pero no sabemos dónde tiene la otra parte. Y sin ese detalle nada podemos hacer...

—Lo que llevan encima bien vale más de cinco millones de dólares... Cantidad con la que podemos vivir muchos años...

—No creas que es fácil quedarse con ella... Son unos muchachos decididos y, por lo que hemos oído, maneja las armas maravillosamente y

es de los que no se detiene. Si es preciso matar, mata. Ya viste lo que ha hecho con los Burkon.

—Hemos de pensar detenidamente en ello —dijo Golding.

Leo, que se había hecho pasar por Joe, en el barco, tenía la misión de vigilar a unos y Helen a los otros.

Joe no se fiaba de nadie y les sometía a vigilancia severa a todos.

El holandés hablaba con Joe en uno de los descansos:

—No quiero meterme en lo que no me importa, pero me parece una tontería echar por la borda una fortuna tan inmensa como la que vale esa joya junta. Si es cierto que tiene el resto de ese ibumbuni, debe venderlo...

—No comprendería lo que sucede aunque se lo explicara. Pero no tema. Le pagaré bien.

—Es usted el amo de ella. No he hecho nada más que emitir una opinión.

—Hay cosas de tipo sentimental que tienen más valor que todas las fortunas del mundo juntas...

—No hablemos más de ello. ¿Tiene aquí la otra parte?

—No. He de recogerla en Ungama y después saldremos para el sur...

—¿Aumento el número de hombres?

—Al contrario... Quiero que solamente lleve cuatro para que se encarguen de los animales de carga.

—Me parece que son pocos hombres... Y como he de pagar a todos estos...

—Prefiero el número que le he dicho...

—¡Como quiera! —dijo el holandés sonriendo.

Leo daba cuenta a Joe de todo lo que observaba y hasta entonces nada había que resultara sospechoso en ninguno.

—¡No me fío de nadie! —decía Joe—. ¡Es demasiado dinero lo que vale la joya completa para que me fíe...

—Desde luego, es una temeridad lo que vamos a hacer.

—Pero hay que hacerlo. Hemos venido a eso y no te oculté que había peligros.

—Te gusta la aventura, ¿no es eso? Pues aquí tienes una en la que no podías soñar y cuando se lo cuentes a tus hijos y nietos, no te creerán.

—¿Te fías de Van Host?

—¡Menos que de los otros! Pasa muchas calamidades como jefe de safari para poder ahorrar unas libras y volver a casa... Por eso le he pedido que reduzca el número de sirvientes, dejándolos en cuatro... Cuando vayamos hacia el santuario, habrá que vigilarle atentamente... Me parece que el cafetero llegará a ofrecerle la mitad de su valor, pero él es ambicioso y querrá quedarse con todo, ya que espera tener oportunidad de conseguirlo durante el largo viaje que vamos a emprender.

—¡Si sabes que va a pasar eso, debes prescindir de él!

—Ahora ya es tarde. Prefiero llevarle a mi lado que no detrás de mí o delante en busca de la emboscada.

Esto era razonable y Leo coincidió con él.

Leo llevaba dos pistolas automáticas con silenciador, en otras tantas fundas sobaqueras, de modo que no se daban cuenta los demás de ellas, ya que llevaba una sahariana blanca bastante holgada que las disimulaba.

También sacó de su equipaje, un fusil como el de Joe.

Cuando estaban cerca de Ungama, el holandés veía a Golding con ganas de hablarle, pero le dijo con rapidez:

—¡Ahora no! En Ungama. ¡Están los tres muy atentos!

Helen se había dado cuenta de esta brevísima conversación, aunque el holandés no miraba a Golding cuando hablaron.

La muchacha se lo dijo a Joe.

—Hay que vigilarles por separado y bien a los dos. Han de reunirse en algún sitio de Ungama... Necesito bien empaquetada la joya falsa...

—En Ungama la tendrás —dijo Leo.

Y una vez en la ciudad costera, Joe fue a la Policía para dar cuenta de lo que había pasado. Pero habló con el jefe de la misma solamente.

La conversación fue muy larga.

—¡De acuerdo! —dijo el jefe—. ¡Así se hará! Pero tenga mucho cuidado.

Golding, que había seguido a Joe, al verle entrar en el departamento de Policía sintió miedo. Pensaba especular con la amenaza y resultaba que había ido valientemente de un modo voluntario.

Ahora lo que temía Golding era que hubiera hablado de él como lo hizo al salir de la plantación.

Joe marchó a reunirse con sus amigos.

—¡No tenéis que vigilar a esos personajes! —les dijo—. Vamos a divertirnos lo que podamos, mientras estemos aquí.

Helen y Leo se mostraron encantados de este programa.

Cenaron en una especie de sala de fiestas en la que había artistas de color y blancos que, para Helen, era una delicia contemplarlo.

Alma había ido a dar cuenta de la muerte de su esposo e hijo a la viuda de Burkon y esta se presentó a la Policía para denunciar a Joe.

—¿Le han dicho a usted cómo pasó, *mistress* Burkon? —dijo el policía.

—Ya lo creo... Una de las personas que habían sido invitadas por mi esposo.

—Han debido informarla mal. No la he molestado, porque me imagino que usted ignoraba lo que se proponían su esposo e hijo... De lo contrario, tendría que detenerla.

—¡No es posible que esté hablando formalmente! —exclamó la viuda.

—¡Tengo comunicación de Londres en la que se me dice que su esposo, financió el viaje a unos ladrones profesionales para que robaran esa joya...

¡Uno de esos ladrones está en su casa como huésped de usted... Hay ficha de él. ¿Quiere decirme a qué se dedica? ¿En qué trabaja?

La señora no sabía qué responder.

Y a los pocos minutos de llegar ella de su casa, llevaban detenido a Arnold.

Cuando ella le vio, se puso muy pálida.

—¿Me permite? —dijo el jefe de policía—. Voy a interrogar a este caballero.

La viuda salió y no se detuvo para esperar lo que resultara de ese interrogatorio.

Marchó a su casa y poco después salía en dirección al muelle para embarcar en uno de los barcos que había allí.

—¡No comprendo la razón de que se me haya detenido! —decía Arnold—. Soy un caballero digno que merece todos los respetos y que...

—¡Un momento, señor! —le interrumpió el policía—. Es simplemente cuestión de trámite... No creo que le retenga mucho tiempo, si es como dice. ¿Cómo se llama?

—Arnold Morris.

—¿Profesión?

—Joyerero.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

Arnold quedó un momento desconcertado:

—Pues verá... —dijo—. Me enteré en Londres que iban a traer una de las joyas más hermosas que se han hecho en el mundo que, según la Prensa estaba fraccionada en varias partes, que poseían distintas personas. Una de ellas, es la familia Burkon y trataba de conseguir esa parte...

—¿Con dinero? —dijo el policía sonriendo amablemente.

—¡Pues claro!

—¿Qué dinero tiene consignado en los bancos de aquí?

Esta era una pregunta que no esperaba Arnold.

—Verá... Primero trataba de averiguar si era posible conseguir algo de esa joya... No iba a traer un dinero que podía no ser necesario...

—Pero sin dinero, no creo que nadie entrara en negociaciones con usted... ¿Dónde me ha dicho que tiene su tienda?

—¡No he dicho nada de tienda! No tengo establecimiento. Me dedico al por mayor y vendo directamente a Holanda y a Bélgica...

—Entonces conoce a los diamantistas de Pretoria y Johannesburgo, ¿verdad?

—No... No he tenido tratos con ellos...

—¿En Cape Town?

—¡Tampoco!... Solo en Inglaterra... A los representantes de estos...

—¿Cómo se llaman?

Arnold empezaba a sudar copiosamente.

—Verá... Yo... compro a...

—No se violenta, mister Morris... Debe tranquilizarse. No quiero hacerle daño alguno. Solamente comprobar ciertos datos... Veamos: ¿Vino usted con una joven llamada Helen?

—La conocí en el barco.

—¿No tenía usted orden de ponerse al habla con ella para el robo de la joya a que se está refiriendo?

Arnold se puso en pie.

—¿Yo? ¡No! ¡Eso es una infamia, si lo ha dicho la muchacha!

—Bien. ¿Quiere hacer una declaración jurada en la que niegue esta acusación? No crea que me he dejado engañar todavía...

Arnold se puso a escribir su nombre y demás datos que le dictaba el policía.

Cuando terminó, sudoroso, el policía leyó lo escrito.

La tranquilidad que le iba volviendo, desapareció en absoluto al ver al policía sacar del cajón de su mesa las notas, que conoció en el acto metidas por él en el barco bajo la puerta del camarote de Helen.

—¿Es esta letra suya, verdad? —dijo el policía, mostrándole las notas.

Se sabía cogido y sin escape, pero negó con cinismo.

—¡Está bien! ¡Es un perjurio, un embustero y un ladrón!

Llamó para que se hicieran cargo de él.

—¡Queda detenido por ladrón y cómplice de asesinatos frustrados!

De nada sirvieron sus protestas.

Cuando fueron en busca de la viuda, había desaparecido de la casa.

No habían tenido la precaución de seguirla.

Y ella estaba tranquilamente en el barco, que la llevaría hasta Lorenzo Marques, en Mozambique.

Desde allí, marcharía en avión hasta que todo se tranquilizara, con su familia en Escocia, donde tenían colocado el dinero el matrimonio.

* * *

Van Host estaba en un bar del muelle de los de baja categoría a dónde solía ir con frecuencia.

Esperaba la visita de Golding, el cafetero.

Uno de los borrachos que se hallaban con frecuencia allí solicitando que le invitaran, se acercó a él para decirle:

—¿No invitas, holandés?

—Puedes beber un ron... —respondió Van Host.

El beodo sentóse a la mesa que había al lado de Van Host y pidió de beber.

—Paga el holandés —dijo.

Este afirmó con la cabeza cuando el camarero le miró interrogante.

Llegó Golding, mirando con precaución a todos sitios.

Se sentó a la mesa con el holandés y este dijo:

—¿Se aseguró de que no le seguían?

—Están los tres en esa sala de fiestas bailando. No creo que desconfíen de usted.

—No tienen motivos para ello todavía —dijo Van Host.

—Tiene una oportunidad de hacerse millonario, Van Host —dijo Golding.

—Ya he imaginado que son ustedes dos que van, mejor dicho, que han venido para apropiarse de esa joya.

—No quiero engañarle, porque sería estúpido... Y le ofrezco la mitad de lo que den por ella... Nosotros podemos venderla en los Estados Unidos.

—¿Cuánto es lo que me darían? —preguntó Van Host—. Tenga en cuenta que Gregory es millonario y me pagará bien por ayudarle a encontrar ese santuario.

—¡No puede pagar lo que nosotros! —dijo Golding con calor—. Hay dos millones de libras para repartirlas entre nosotros.

—¿En qué forma?

—Ya le he dicho antes que mitad por mitad...

—No hay duda que es interesante, pero he de ser yo el que pase los peligros porque he visto disparar a ese muchacho y no es un juego enfrentarse con él.

—Usted no va a pelear. Va a matarle en la primera oportunidad que le dé... Y en un viaje tan largo, no han de faltar esas oportunidades.

—Tengo fama de ser una persona seria y por eso soy el más solicitado como jefe de safari...

—¡Podrá vivir en la parte del mundo que más le agrade!... ¿Es que no se da cuenta de que se trata de un millón de libras?

—¡Necesito equipar a mis hombres sin que lo sepa él, porque no quiere que lleve nada más que los imprescindibles para portadores de elefantes y víveres.

—¡No es tonto y conoce la selva! De ese modo serían casi tantos como nosotros y con la ventaja de que solamente yo me puedo enfrentar con ellos con armas. Para equipar esos hombres con un jefe, necesitaría algún dinero, en el caso de que me decida a ayudarles, pero les advierto que no me dejarían en la estacada. La joya, la llevaría yo a Nueva York.

—Iríamos los tres, de acuerdo.

—Pero no saldríamos desde aquí, sino de Dar es Salaam hasta donde llegaría yo por el río y el ferrocarril de Ujdjidi. No podré volver más por aquí.

—¿Cuánto necesitaría para equipar esos hombres?

El holandés quedó pensativo.

—Unas cinco mil libras.

—Mucho dinero... pero se las daría. Yo iría con ese equipo...

—Parece que no se fía de mí...

—Hay que confesar que es mucho el dinero que entra en juego —dijo cínicamente Golding.

—¿Cuándo me dará ese dinero? No es conveniente que nos veamos muchas veces.

—Mañana puedo darle esa cantidad. He de retirarla del banco. ¿Aquí mismo?

—Sí.

—¿Quién es el jefe de equipo que va a contratar?

—Un amigo mío... El armenio Ben Alaf... Es, conmigo, el que mejor conoce la selva. No quiero que nos volvamos a ver. Si no tiene dinero ahora, dejémoslo. ¡No quiero perder la vida por una desconfianza de usted! Sé que lleva dinero para pagarme ahora.

Golding miraba a Van Host con sorpresa.

—Y dese prisa, que no quiero le vean aquí conmigo...

Golding cedió y entregó con disimulo el dinero que pedía el holandés.

Este, que no había visto nunca tanto dinero junto, se sintió emocionado.

Invitó nuevamente al beodo, con gran alegría de este.

Al salir, Van Host sonreía.

Desde el momento en que se enteró de lo de la joya, había concebido quedarse con ella. Pero no para repartir el importe que dieran por su venía, sino para él solo.

Estaba cansándose de África y se le presentaba una oportunidad de poder abandonarla en buenas condiciones.

Lo que no podía comprender, era la idiotéz de Golding al entregar una cifra tan importante sin la menor garantía de que iba a hacer lo que le pedía.

No tardó en regresar a la taberna acompañado de Ben Alaf con el que tuvo una larga conversación.

CAPÍTULO X

Golding reclamó el dinero al holandés, asegurando que no podía atender a ese negocio por marcharse de allí.

Van Host hubo de devolvérselo, aunque de mala gana.

No sabía el holandés que con ese dinero iba a equipar Golding por su cuenta un pequeño grupo de hombres decididos, todos blancos y aventureros que conocían la selva.

Pero tuvieron que contratar los servicios de un guía, siendo Ben Alaf el elegido por estos aventureros que aconsejaron a Golding.

Los guías como este y el holandés, tenían elefantes que eran imprescindibles a veces y hombres de carga, acostumbrados a ello.

El hombre blanco no sirve para este trabajo.

Cuando Golding habló con Ben Alaf, este aconsejó que marcharan sin animales de carga, pero repuso Golding que Van Host iría con elefantes y habría de avanzar más deprisa y con menos fatiga.

El armenio tuvo que acceder a llevar elefantes.

Golding anticipó dinero, pero no en la cantidad que le había pedido el holandés.

El pretexto de este equipo, era recorrer la selva y cazar, al servicio de la millonaria y de su amigo el cafetero que aprovechaba para visitar las plantaciones.

Ben Alaf que ya había sido informado por Van Host de lo que pasaba, se reía al pensar que iba a cobrar por las dos partes en un servicio que haría solamente en su propio beneficio.

El odio y la envidia que tenía a Van Host por ser siempre el primero que contrataban, iba a saciarlo ahora.

Matarían en una emboscada a los tres blancos que irían con el holandés, pero este caería también.

Se había reído muchas veces Van Host del pobre armenio.

Recordando esto, las facciones de Ben Alaf se endurecían.

Había llegado su hora.

Le pagaban el equipo para conseguir la fortuna con la que llevaba soñando muchos años.

Y en este juego de ambiciones, todos estaban preparados para quedarse con la joya que Joe tenía.

Hasta él mismo tenía momentos en que flaqueaba su espíritu al pensar en los millones que podría conseguir por ella.

Le ataba la promesa dada a su padre y a Thomson, que fiaban en él.

No iba a ser tarea nada fácil hallar el santuario, del que tenía noticias muy vagas respecto al emplazamiento del mismo.

Las notas de su abuelo eran poco concretas.

Treinta jornadas de elefante hacia La Cruz y veinte hacia El Navío.

No le resultaba muy difícil a él, acostumbrado a las estrellas, distinguir unas de otras. En lo que no tenía seguridad era en lo de la distancia.

No se sabía si las distancias estaban indicadas con sus correspondientes descansos, o se trataba de la total, sin estos.

Era una verdadera lotería salir en esas condiciones, pero confiaba en que pudieran informarse en los poblados indígenas que encontraran.

Buscó a Van Host para repasar la nota de lo que necesitaban por si se les había olvidado algo.

—Sigo creyendo —decía el holandés— que para un viaje tan largo como indica esta nota de compras, somos pocos hombres.

—Y yo entiendo que cuantos menos, es mejor.

—Pasaremos por poblados en que no nos mirarán bien y, si somos muchos, nos respetarán. Sí, por el contrario, solamente vamos los que usted quiere, harán de nosotros lo que se les antoje —añadió Van Host.

—No quiero más gente. No vamos a hacer la guerra a los indígenas. Todos los exploradores de estas tierras, como sabe, han sido misioneros en su mayor parte y caminaban solos o con dos negros. El periodista Stanley, que pasó a la historia como explorador y no como hombre de pluma, buscó durante meses en el interior de este continente al misionero Livingstone. Iba con tres acompañantes y un día se encontraron los dos blancos en plena selva. Si le contrato a usted, es por los elefantes y porque yo pueda descansar en la vigilancia porque los que van conmigo conocen poco esta tierra.

—Ha podido comprar elefantes. Es usted hombre rico... Y con unos cuidadores de esos animales tendría bastante.

—Creo que iremos mejor con usted. Aunque corro el peligro de que la ambición le ciegue... Pero le advierto que esta joya que vamos a llevar, está poseída de todos los «guinnes» maléficos.

—Soy explorador y guía, no ladrón —dijo orgulloso Van Host.

Como estaba Helen al lado de Joe cuando hablaba con el holandés, al quedar solos, le decía ella:

—No has debido decir eso al guía. Se ha ofendido.

—Lo que trato es de advertirle de que estaré atento y que si veo algo que no me agrada, como se trata de la vida de nosotros tres, mataré sin escrúpulos.

—No creo que haga nada... Vive bien y...

—Pero no conseguirá nunca los millones que si vendiera esta alhaja.

Al llegar al hotel, tenía Joe una nota del jefe de policía para que fuera a verle.

No perdió tiempo Joe, diciendo a la muchacha que le esperara sin salir del hotel y que no abriera la puerta a nadie a no ser que oyera la voz de él o la de Leo.

El policía le recibió con una sonrisa y le dijo:

—Veo que no se había equivocado usted. Es un ladrón el que estaba en casa de Burkon y a Van Host le ciega la pasión... Este hombre le informará de lo que ha pasado.

Y el borracho, invitado por el holandés, informó a Joe de lo que había hecho el explorador.

No había perdido un detalle de la conversación con Golding ni de la que luego sostuvo con el armenio.

—¡Lo temía! —dijo Joe—. Pero necesito los servicios de Van Host y sus hombres. Sabemos en el lugar en que se van a encontrar, es decir, que vamos a encontrar al armenio. Conozco los planos que existen de este continente, bastantes, y todos ellos buenos. Con motivo de este viaje los he grabado en la imaginación. Presumo que lo que Van Host se propone es seguir desde ese lugar, por el río abajo hasta Pangara, con objeto de embarcar en Zanzibar. Lo que quiero es que me lleve hasta el río Pangani y es posible que no seamos nosotros los que alimentemos a los cocodrilos de ese curso fluvial.

—Puedo detener a los dos exploradores y así se evita toda persecución. Se ha visto a ese cafetero contratando a Ben Alaf. Es otro enemigo más.

—Me he informado de las relaciones entre los dos guías. El armenio odia intensamente a Van Host. Esto quiere decir que el armenio, lo que se propone es quedarse él con la joya y matar al holandés también. Lo que me preocupa es que Van Host no es tonto... y ha de saber cuáles son las intenciones de su enemigo y competidor. ¿Qué es lo que se propone? No creo que quiera darle la oportunidad que el armenio ansia...

—Tal vez lo hace porque ha supuesto que ese Golding le iba a contratar y prefiere saber dónde le van a esperar —dijo el policía.

—¡Buena idea! —dijo Joe—. Es posible que sea así... Y lo que tratará es de adelantarse él...

—Ha debido salir más al sur, donde no supieran lo que lleva.

—Es que los datos que tengo para encontrar ese santuario, son a partir de aquí... He medido la distancia indicada verbalmente, en el plano y tengo una idea aproximada de donde ha de estar... El mejor sitio para alcanzarle, es saliendo desde aquí.

Después de mucho hablar, dijo Joe que no debían detener a nadie.

Joe no dejaba de pensar en qué sería lo que Van Host intentaba.

Volvió a repasar la nota de compras y cuando estaba seguro de que no se le había olvidado nada, dijo a Helen y a Leo que iban a salir al día siguiente.

Estuvo repasando los preparativos con Van Host y observó a los

hombres elegidos por el holandés para acompañarle.

* * *

Los cuatro blancos estaban dentro de la tienda tomando café.

Hacía una semana que habían salido de Ungama.

En la selva se oían los ruidos característicos de ella y a los que se iban acostumbrando Helen y Leo.

—Sigo pensando en que somos un grupo muy reducido —decía Van Host—. No he debido acceder a venir tan pocos selva adelante. ¡Me he portado como un novato!

—¡Tenemos una hiena junto a la tienda! ¿Dónde están sus hombres? Nos va a comer los víveres... —dijo Joe saliendo.

—Se habrán dormido... —contestó el holandés—. Están agotados y es posible que se nieguen a seguir.

—Iremos más despacio —dijo Joe—. Ha impuesto un ritmo de marcha agotador para todos.

—Hay que llegar al río Pangani antes de que lleguen las lluvias, que están cercanas... Hay que vadearle antes de que llueva. Después no podríamos hacerlo en muchos días.

—Falta bastante para la época de lluvias. He estudiado esto con cariño.

—Conozco esta tierra mejor que los geógrafos que han hecho los libros en los que se basa para decir esto... Y ya no es mucho lo que falta.

—¿Es que quiere llegar antes que Ben Alaf? —dijo con naturalidad, Joe. Van Host quedó un poco sorprendido.

No respondió de momento.

—No sé que el armenio venga en esta dirección. Le dejamos en Ungama.

—Voy a confesarle una cosa, Van Host. ¡No llevamos la joya verdadera! Es una falsificación... No quiero correr el riesgo de que los sacerdotes fanáticos nos maten después de entregarla y lo que quiero conseguir de ellos, es que me digan dónde están el padre de esta y el hijo de Thomson... Si están en buena disposición, entonces, vendré yo solo, sin guía, a traerla y lo haré en una avioneta para ser más rápido. Dejaré en este viaje señales para que pueda verlas desde el aire...

El holandés quedó en silencio.

—La caja que llevamos lleva la misma que en el barco sirvió para engañar a los ladrones... Con ella convenceré a los sacerdotes que es cierto la tengo cuando hemos podido copiarla... Nadie la había visto antes que no fueran ellos.

Seguía el silencio de Van Host.

—Se lo digo para que no cometa el error de dejarse llevar por la ambición y pierda el prestigio que tiene como explorador para no sacar provecho. Ahora comprenderá por qué le decía que unos cuantos

acompañantes eran suficientes. ¡No llevaba nada de valor conmigo!

—¡Eso es lo mismo!... He sido contratado para realizar el viaje. Nada importa si no lleva esa joya.

Pero había disgusto en esas palabras.

—¡Leo! —añadió Joe—. Enseña a míster Van Host esa copia...

Y el holandés vio las piedras falsas que iban en la caja.

No había duda de que Joe decía verdad.

Empezaba a sentirse rabioso porque había dado oportunidad a Ben Alaf de matarle por despertar su ambición.

Si el armenio supiera que no había tal joya fabulosa, no sentiría deseos de matar para quedarse con ella.

Pero ya era tarde. Lo que tenía que seguir haciendo era caminar todo lo rápidamente que fuera posible.

Helen, que se había asomado para contemplar las estrellas tan brillantes que se veían, entró asustada diciendo que había visto por lo menos seis leopardos en un árbol muy próximo a la tienda.

—Es curiosidad lo que sienten... No temas —dijo Joe—. Las fieras en la selva, si no las atacan huyen. Comida no les falta. Los antílopes alimentan a todas en general y a no ser por hambre, no hay miedo que acometan. El leopardo es goloso, es un gato al fin y al cabo, aunque mucho más grande y buscan gallinas, que es su manjar favorito y por las que se acercan a los poblados indígenas y a los campamentos. Es con ellas con lo que se les hace caer en trampas para cogerles vivos para los zoos de todos los países.

—Pues no consigo desechar el miedo que me invade cada vez que oigo el rugido de una de esas fieras.

—En la selva los peores enemigos son las serpientes... que las hay enormes. Bueno, ya visteis la que maté... Esa sí que acomete siempre. Le molesta que se las moleste... Pero el leopardo, el león, el tigre y la pantera, si no se ven acorralados o se encuentran contigo en un paso estrecho, nada tienes que temer si no te sientes cazador. Es más peligroso el elefante, porque es juguetón y una broma de tantas toneladas de peso es siempre peligrosa.

—Pues si yo me encontrara con un león, creo que moriría de miedo —dijo Helen.

—Les asusta todo lo que no conocen —dijo Joe—. Hace dos años íbamos por la selva, cerca del Kilimanjaro y uno de mis acompañantes, era la primera vez que la visitaba. Estábamos, como ahora, descansando, pero de día y se puso a pasear admirando el paisaje mientras fumaba un cigarrillo. De pronto se encontró, en el sendero por el que iba, a un león enorme que venía en dirección contraria. Mi amigo se detuvo aterrado y el león se agazapó en disposición de dar el salto. El temblor de mi amigo que tenía la caja de lata de los cigarrillos hacía dar a esta un sonido metálico y extraño. El león, asustado de lo que no conocía, dio media vuelta y a saltos

huyó. Eso te indica lo que son estos animales. Por eso os he hecho colgar a los dos, un silbato que es una de las mejores armas frente a estos animales. El silbido metálico les hace huir.

Van Host no hacía más que pensar en el armenio.

Nada más apuntar el día, ya estaba recogido el campamento y se ponían en marcha.

Joe se dio cuenta de que había cambiado Van Host el itinerario.

Habían derivado mucho hacia el este.

Sin embargo, no le dijo nada.

Estaba seguro de que huía de una posible trampa tendida por el armenio.

Todos se detuvieron a los dos días.

Acababa de oírse el disparo de un rifle.

Se miraron sorprendidos.

—Una milla —dijo Joe—. Esa es la distancia que separa al que ha disparado de nosotros... ¿Ben Alaf? —preguntó a Van Host.

—¡Sí! Ha de ser él.

—¿Sabe que ha sido contratado por la millonaria falsa y por el cafetero?

—No. No sabía nada —dijo Van Host.

—El armenio juega con dos barajas, como quiso hacer usted. Pero lo que se propone, es terminar con la persona que odia hace tiempo; montó ese equipo de portadores con el dinero de Golding para robarnos la joya y venderla en su beneficio...

El holandés sabía que si movía un dedo solamente, le mataría Joe.

—Debí comprender que había de sospechar de mí... Y es cierto que la ambición me había cegado...

—Y si ha cambiado de idea es porque sabe que no llevo nada de valor. El armenio era el que iba a atacar por sorpresa, pero yo sabía la verdad, porque usted, que es un hombre inteligente, Van Host, cometió la torpeza de hablar de estas cosas en una taberna... No he querido que le detuvieran y le inhabilitaran para seguir trabajando de explorador en ninguna parte de África, porque le justificaba, ya que de no ser por lo que es, es muy posible que incluso yo, heredero de una gran fortuna, sintiera la tentación de vender esa joya...

El holandés miraba con gran admiración a Joe y dijo:

—Puede disponer de mi vida. No podía sospechar que estuviera informado.

—Invitó usted a un borracho, que no lo estaba, y que escuchó atentamente lo que habló con Golding y con Ben Alaf...

—¿Es posible? ¡Si conozco a ese borracho...!

—¿No sabe la fuerza que tiene el dinero? —dijo Joe, riendo.

—Es cierto... He estado muy cerca de cometer un crimen, un robo... y

no sé cuántos más delitos... —confesó el holandés.

—Ahora hemos de alejarnos de esos que nos deben esperar... Estoy seguro que el armenio está desesperado con el que haya disparado...

—Posiblemente lo ha hecho él mismo para salvarse de una serpiente o de una fiera con la que se ha encontrado de pronto —opinó el holandés.

—De todos modos, ha de estar disgustado por ese disparo que hubiera preferido no hacer. Vienen un poco retrasados... pero no tanto —dijo Joe.

—Ha de venir forzando a las personas y a los animales.

—Ya estamos cerca del río... Hay que buscar el vado que hay por esta parte. Solo es posible cruzarlo por ese sitio, más libre de cocodrilos que el resto.

—¿Pueden pasar los elefantes?

—Sí —respondió el holandés—. Es el vado que viene buscando el armenio.

Se disminuyó el ritmo en la marcha.

Joe no hacía nada más que mirar hacia atrás. Y lo mismo le sucedía a Van Host.

Una milla puede recorrerse con cierta rapidez en determinados lugares de la selva, así como en otros hacen falta varias horas.

—Tenemos el agua cerca... Empiezan a resoplar los elefantes —observó Joe.

—En efecto —dijo el holandés—. Ese es el síntoma que no falla. Conoce tan bien como yo estos temas.

—He pasado temporadas en estas tierras.

Tres horas más tarde, se detenían ante el río que había junto a ellos.

—Buscaré el vado —dijo el holandés.

Fue una sorpresa para Helen y Leo, ver que Joe salía detrás de Van Host con toda precaución.

CAPÍTULO XI

El holandés, ignorando que le seguían y no suponiendo que podía hacerlo Joe, al llegar a una curva del río en la que desaparecía a la vista de los compañeros, se metió en el bosque para caminar en sentido inverso.

La espesura de la selva en esa parte impedía la marcha rápida y Joe seguía, evitando todo ruido, las huellas de Van Host.

Estaba seguro de que iba al encuentro de Ben Alaf porque no había creído lo de que solo llevaba la joya falsa.

Como en la última milla habían caminado más despacio de lo conveniente comprendía Joe, como Van Host, que Ben Alaf estaba cerca.

Menos de media hora tardó en oír Joe las voces de los que venían en sentido contrario.

Aguzó el oído para calcular la distancia a que estaba de los que hablaban y supuso que se hallaban a bastante menos de las trescientas yardas.

Los gritos de alto a los elefantes, indicó a Joe que Van Host había llegado junto a ellos.

Y siguió avanzando para aproximarse a los reunidos.

Cuando pudo ver el grupo, formado por Golding, Alma, Ben Alaf y Van Host, supuso que se trataba de su muerte y de la de Leo y Helen.

Esto fue lo que le enfureció y como no iba a tener otra oportunidad de verles juntos, colocó el arma en disposición de automática y lanzó una ráfaga que dio con todos ellos en tierra.

Los negros abandonaron los elefantes y huyeron gritando.

Joe había disparado a herir solamente.

Respondieron con las armas que empuñaban todos.

Pero Joe retrocedió. Estaba seguro de que no podrían alcanzarles.

Leo y Helen le llamaban a gritos, asustados.

Les respondió para tranquilizarles y al unirse a ellos, les dijo lo que había pasado.

Dio cuenta a los negros que Van Host había sido muerto por Ben Alaf y que debían seguir huyendo de ellos.

De este modo podía contar con esos ayudantes hasta que le fueran necesarios y como les trató bastante mejor que lo hacía el holandés pronto era obedecido con gusto.

Hacía dos meses que habían salido de Ungama y no hacían más que dar vueltas en la selva, según opinión de la muchacha.

Leo lo pasaba bien, porque iba cazando animales que no pensaba ver nunca.

Un día encontraron frente a ellos a varios negros que les miraban un poco sorprendidos.

Habló Joe con ellos y supo que se trataba de una tribu pacífica que cosechaba maíz en abundancia, con lo que tenían para sostenerse ayudados por la carne de antílope y los peces de los ríos.

El jefe de la tribu les recibió sin hostilidad y al ver que el hombre blanco hablaba su idioma, se sintió contento.

Joe no se atrevía a preguntar por el santuario, ya que esto podía ser sospechoso y se concretó a hablar de las cosas que gustaba a los negros. La caza del elefante en particular y del rinoceronte porque llegaban hasta allí los comerciantes de marfil.

Preguntó, eso sí, si había más poblados por las cercanías.

—Solo en las montañas —respondió el jefe de la tribu.

Y al hablar de ella, se estremeció cuando dijeron que había dos blancos entre ellos, uno viejo y otro joven.

Hubo de realizar un gran esfuerzo para poder dominar su temperamento.

Tenía deseos de saltar de alegría. Estaba seguro de que se hallaba cerca del santuario, donde tenían como rehenes al padre de Helen y al hijo de Thomson.

Pidió detalles para poder llegar a ese poblado y una vez que se enteró del camino a seguir, ordenó la marcha.

Estaba deseando llegar y ello hacía que obligase a los demás a caminar velozmente.

No había dicho nada a Helen de lo que sabía, por temor a que se tratara de algún misionero de los que solían meterse entre los negros.

Y hubiera sido mucho peor hacer concebir ilusiones para que una realidad fría resultara trágica para la muchacha.

Tuvieron que detenerse varias veces para descansar y comer.

La harina se les había terminado y la situación en víveres iba a ser difícil para los que no estaban acostumbrados a las comidas de los negros a la que tendrían que recurrir.

A los cuatro días de buscar ese poblado, se vieron rodeados de negros, adornados la mayoría con pieles de tigre y una lanza en disposición de acometer y, al frente de ellos, vestido igual y adornado con pendientes también iba un joven esbelto y blanco, aunque tostado por el sol.

—Supongo que eres el hijo de Thomson, un explorador que estuvo por aquí hace bastantes años —le dijo en bantú.

El joven le respondió en mossi que era muy parecido al bantú.

—Es lo mismo que me ha dicho muchas veces el malaka blanco.

—Tú eres blanco también... De nuestra raza... —siguió diciendo Joe.

Los negros protestaban.

—No pienso marchar con vosotros... Tengo mis padres aquí...

Joe no insistió. No era el momento.

—¿No hablas nuestro idioma?

—Sí...

Y el joven Thomson, pues él era, quedó suspenso.

Sin duda, los recuerdos de la infancia volvían a él.

Ordenó a los negros que depusieran la actitud amenazante y les condujo al poblado.

Fue ardua y larga y la conversación con el jefe.

Pero cuando dijo que llevaba la joya sagrada, riendo, pidió el jefe verla.

El santuario estaba a muchas yardas de altura, pero se veía desde el poblado.

Al ver la joya, hicieron los negros que estaban presentes unas extrañas reverencias.

Después habló con el joven Thomson diciéndole que podía marchar a su mundo si quería.

Helen abrazó a su padre, que estaba más fuerte de lo que podía esperarse en las condiciones de prisionero en que había estado.

—¿Por qué no hiciste por escapar? —preguntó la hija.

—No lo hubiera conseguido nunca... y entonces me habrían matado.

Thomson decidió marchar con ellos, pero prometiendo a los negros que volvería.

* * *

En el muelle de Southampton esperaban el padre de Joe, muy mejorado, y el de Thomson, que miraba a su hijo sin querer dar crédito a lo que veía por el temor de que se tratara de un sueño.

La esposa de este abrazó al hijo, tantos años perdido y a Joe, que lo había rescatado.

—Perdiste una gran fortuna —decía Thomson—. Aumentaron la oferta al doble.

—He ganado en el cambio... Traigo una joya más valiosa que aquella...

Y miraba a Helen, que le sonreía complacida.

Al pasar por el «London Bar» dijo ella.

—¿Te acuerdas?... ¡Cómo llovía aquel día!

Y los dos se echaron a reír.

F I N



Cuando la noche cae sobre las selvas de Nigeria, un incesante rumor se escucha en el ambiente. Una mezcla de aullidos y rugir de fieras que destrozan los nervios del más templado...

Así es el salvaje escenario donde el famoso autor

KEITH LUGER

sitúa la acción apasionante de su sensacional novela

REGUERO DE SANGRE

que marca otra etapa en la producción siempre genial de este autor y que abre a ustedes las puertas de una nueva y emocionante serie

COLECCION CONGO

trasladando en sus páginas la imaginación del lector a los más exóticos escenarios del mundo, donde la acción y la violencia reinan como únicas leyes

REGUERO DE SANGRE

es el título que le ofrece en su próximo número la nueva y sensacional

COLECCION CONGO

¡El mayor éxito de Editorial Bruguera, S. A.!

De venta en quioscos y librerías

Precio de venta: 5 pesetas

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"
410 — A. Rolcest
LA CIUDAD MUERTA

COLECCION "BUFALO"
107 — J. León
ALGUACIL DE PAZ

COLECCION "PANTERA"
44 — J. de Cárdenas
MISTERIO EN EL RANCHO

COL. "SERVICIO SECRETO"
274 — Peter Debry
HORIZONTES FEBRILES

COLECCION "CONGO"
1 — Keith Luger
RECUERDO DE SANGRE

COLECCION "LAUREL"
7. — LAS MEJORES POESIAS DE AMOR
MEXICANAS

COLECCION
"PRACTICA Y POPULAR"
43 — EL MEDICO DEL HO

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
469 — María Lar
TRES DESENGAÑADAS

COLEC. "MADREPERLA"
365 — Víctor Sanmartín
REINA Y ESCLAVA

COLECCION "ROSAURA"
309 — María Pilar de Molina
CLIVIA

COLECCION "AMAPOLA"
195 — Corín Tellado
LA COLEGIALA

COLECCION "ALONDRA"
148 — Carlos de Santander
EL REINO DEL ODIO

COLECCION "CAMELIA"
89 — E. Aguilar de Rücker
IGUAL HOY QUE AYER

COLECCION "ORQUIDEA"
59 — María Adela Durango
UNA BODA SIN NOVIO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡PREVENIR VALE MAS QUE CURAR!

Sepa anticiparse a las enfermedades que aguardan tras la puerta de su salud, leyendo el volumen 43 de la famosísima



COLECCION PRACTICA

que esta semana se pondrá a la venta, bajo el título

EL MEDICO DEL HOGAR

Los síntomas de ciertas enfermedades, lesiones accidentales, dolencias cutáneas, propiedades curativas de los vegetales, productos medicinales de uso doméstico y muchos más temas interesantes, compendios en

EL MEDICO DEL HOGAR

Un libro necesario en todas las casas, que usted no debe nunca olvidar porque interesa a su propia salud

COLECCION PRACTICA

se lo ofrece esta misma semana

Precio de venta 5 pesetas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Hemos venido a ofrecerle algo estupendo, que al-
jará sus preocupaciones

¡Se trata del formidable

A L M A N A Q U E D E "EL D.D.T." PARA 1956!

Allí nos encontrará, a Celedonio y a mí, y a nuestros
compañeros habituales, LA FAMILIA CEBOLLETA,
MAGDALENO, ANGEL SISEÑOR, AMAPOLO,
PRUDENCIO, MATILDITA Y ANACLETO

¡28 páginas de comicidad superconcentrada e insu-
perable!

Sólo por tres pesetas

*¡Acción, intriga, amor,
violencia!*

*Estas son algunas de
las características que
coinciden en el nuevo
cuaderno de la sober-
bia serie*

BISUNTE GRAFICO



Usted amigo lector, vivirá las más impresionantes
y espectaculares aventuras del Oeste a través de
esta excepcional colección, cuyo número 19 les
ofrece:

- **RURALES DE TEXAS**

Emocionante historia de unos hombres que vivían
en constantes peligros

- **Un episodio apasionante de la nueva serie "EL
CAPITAN O'DARE"**

y la sección de alto valor documental

- **A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-
AMERICA**

Un magnífico cuaderno con portadas a todo color
sólo cuesta 1'25 pesetas

**DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y LI-
BRERIAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

El éxito en la vida, indudablemente, depende de la propia personalidad

Factor decisivo de esta personalidad es una buena dentadura. Pero recuerde además que de unos

DIENTES SANOS

¡depende también la conservación de su salud!



Le conviene, pues, leer el interesante volumen

DIENTES SANOS

mediante el cual conocerá el modo de mantener su boca sana y perfecta, así como los medios para prevenir y curar toda clase de enfermedades que la afectan

DIENTES SANOS

le ofrece también una sucesión de interesantes artículos sobre el cuidado general de su organismo

Adquiera hoy mismo este volumen que ha publicado ya la conocidísima

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

en su número 6

Precio de venta 15 pesetas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Burt Lancaster

N.º 160

Nacido el 2 de Noviembre de 1913, en Nueva York, este actor se reveló en una sola película: "Foragidos". Al alcanzar gran éxito, se convirtió en productor de sus películas y últimamente en director.

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 — ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

^{1} *Todos estos relatos, así como los nombres y significados, son exactos, y circulan aún hoy entre las tribus a que se refieren. (N. del A.).*